

SERVICIO
SECRETO

Ss

CLINICAMENTE ASESINADO

Lou Carrigan



A los veintinueve años, podía haberse dedicado a vivir como un maharajá, disfrutando de los millones de su padre. O, cuando menos, ocupando un importante cargo en la Flying Eastern C^o, una compañía aérea de transporte de mercancías, privada, de la cual su padre era no sólo el mayor accionista y por tanto el virtual propietario, sino el presidente en funciones.

Kent Samish podía, en efecto, haber ocupado un despacho imponente, con dos o tres secretarias aún más imponentes que el despacho, y si tantas ganas tenía de volar, si tanto le gustaba, podía de vez en cuando pilotar uno de los aviones que hacían el servicio en la compañía de su padre. Aviones grandes, confortables, seguros, bien comprobados hasta en su más pequeño detalle, que evitaban el mínimo riesgo...



Lou Carrigan

Clínicamente asesinado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1593

ePub r1.0

Lds 02.02.19

Título original: *Clínicamente asesinado*

Lou Carrigan, 1981

ePub modelo

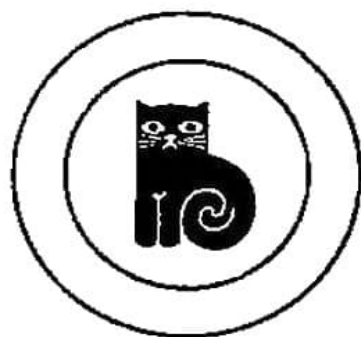
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—Estás loco —solían decirle a Kent Samish.

—Pues que me encierren —solía replicar él.

Y luego seguía haciendo lo que le gustaba. Esto es: volar.

A decir verdad, Kent Samish no parecía tener nada de loco, pero sus amigos tenían sus buenos motivos para considerarlo como tal.

A los veintinueve años, podía haberse dedicado a vivir como un maharajá, disfrutando de los millones de su padre. O, cuando menos, ocupando un importante cargo en la Flying Eastern C^o, una compañía aérea de transporte de mercancías, privada, de la cual su padre era no sólo el mayor accionista y por tanto el virtual propietario, sino el presidente en funciones.

Kent Samish podía, en efecto, haber ocupado un despacho imponente, con dos o tres secretarías aún más imponentes que el despacho, y si tantas ganas tenía de volar, si tanto le gustaba, podía de vez en cuando pilotar uno de los aviones que hacían el servicio en la compañía de su padre. Aviones grandes, confortables, seguros, bien comprobados hasta en su más pequeño detalle, que evitaban el mínimo riesgo...

Pues no.

Kent Samish decía que a él le gustaba volar, no meterse en uno de aquellos pesados y aburridos aparatos, como atornillado al confortable sillón de vuelo, con opción de utilizar el piloto automático, lo cual era ya el colmo del aburrimiento, y a recorrer una ruta trazada de antemano, en la que se sabía si luciría el sol, llovería, nevaría, y... Sí, Kent había llegado a pensar que el personal de meteorología sabía incluso si algún pato se iba a cruzar con el avión.

¡Al demonio!

A quien le gustase eso, que lo hiciese.

A él le gustaba volar, y si alguien no estaba conforme, pues que se comprase un pirulí.

Por lo tanto, Kent había decidido hacía ya tiempo ser piloto de pruebas. Eso sí era emocionante. Se le llamaba, le decían que había un nuevo avión recién salido de tal o cual fábrica, y que si quería probarlo le pagarían tanto o cuanto. Esto, a Kent Samish le hacía la mar de gracia. ¡Santo cielo, le pagaban para que hiciese lo que a él le gustaba! Pero, en fin, se embolsaba los dólares, se subía al nuevo modelo y... ¡al cielo!

Tenía que probarlo todo: «techo» del avión, revolución de los motores hasta su calentamiento, velocidad máxima, potencia, capacidad de maniobra en determinado tiempo o espacio... En una palabra: tenía que hacerlo todo, probarlo todo. Subir como una flecha hacia el cielo, dejarse caer como un plomo, mover los alerones cuando estaba lanzado a toda velocidad, atravesar tormentas... ¡Esto era vivir! Allá arriba, rodeado de interminable espacio azul, Kent Samish era feliz.

Y lo demás, ¡al cuerno!

Sólo que algunas cosas tienen que ser atendidas.

La llamada por radio le llegó cuando estaba a más de seis mil metros de altura, jugando con aquel precioso cacharro, que era capaz de obedecerle como el más educado de los niños. Era una auténtica maravilla que lo aguantaba todo...

—Base al piloto de pruebas —sonó la voz en la radio—. ¡Hola! —saludó Kent, sonriendo—. Piloto de pruebas, gozando de la vida a base.

Todo marcha de maravilla. Estoy a seis mil metros, los motores son muy buenos, chicos, la presión...

—Kent: tienes que aterrizar en seguida.

—¿Por qué? Apenas he empezado a probar el cacharro. Tengo que ir hasta Nueva Orleáns y volver, así que...

—Será en otro momento, Kent. Ahora, regresa a casa. Hemos recibido una mala noticia para ti.

—¿Estoy despedido?

—Tu padre ha fallecido de un colapso cardiaco.

CAPÍTULO II

Así es la vida.

Veinticuatro horas antes, Kent Samish se sentía el más feliz de los mortales, allá arriba, en el cielo. En aquel momento, con los pies en la tierra, contemplaba cómo el ataúd que contenía el cadáver de su padre, el poderoso y férreo Clark Samish, era colocado en el hueco de aquella fosa de la que jamás saldría. Fin. La lucha por la vida había terminado para Clark Samish. Allí, en aquél pequeño espacio terrestre, reposaría para siempre.

Quizá, Clark Samish había cometido el error de tantos y tantos poderosos hombres de negocios: cuidarse de todo, menos de sí mismo. Creer que la fortaleza de cuerpo va a ser eterna. Y no. No, señor; ningún cuerpo es eterno.

Ciertamente, el aspecto de Clark Samish había sido formidable... Hasta un segundo antes de su muerte. Y de pronto, el gesto de dolor, la mano que sube velozmente al pecho, se crispa sobre el corazón. ¡Adiós, Clark Samish! Que el Señor perdone tus posibles pecados.

La sencilla lápida de mármol adornó por fin la fosa, pero no aún encima, sino a un lado.

Había que hacer la despedida de Clark Samish. Y allá estaba el reverendo Bowman, dispuesto a cumplir este cometido.

Comenzó a hablar, pero, en realidad. Kent Samish no le escuchaba. Estaba mirando la inscripción en la plancha de mármol que era tan sencilla que no podía serlo más, de acuerdo a los deseos de su padre:

CLARK ARCHIBALD SAMISH

—... Este hombre que, nos consta, era querido por todos los que con él trabajaban...

Cincuenta y cinco años... ¡Adiós, Clark Samish! Un hombre alto, fuerte, que parecía rebosante de salud, de energía, de capacidad para todo... Así es la vida. Y así es la muerte.

A los pies de la tumba, solo, Kent Samish se abstraía en sus pensamientos, en sus tristes filosofías. Más allá, a su derecha, estaba el gran grupo de amigos, colaboradores, empleados, socios de la Flying Eastern Cº... También a la izquierda. Y cerca de Kent, el reverendo Bowman, que seguía haciendo el sincero panegírico de aquel hombre cuya honradez profesional y personal todos tenían abundantísimas pruebas.

Y era verdad. Clark Samish había sido un hombre íntegro, un hombre honrado, luchador, tenaz, un hombre verdadero amigo de sus amigos, paciente y generoso con sus empleados; correcto, amable, justo. Por lo tanto, no era de extrañar que la tumba estuviese rodeada de muchas, muchísimas personas, en aquella soleada tarde de la despedida a Clark Archibald Samish...

Una de esas personas se movió, de pronto. Se inclinó hacia el suelo, recogió un papel, lo miró. Era un hombre, que quedó verdaderamente asombrado, perplejo. Luego, miró a Kent Samish, vaciló, miró al reverendo Bowman, volvió a vacilar. Decidiéndose se acercó discretamente a Kent, y le entregó el papel que había encontrado en el suelo, sin decir palabra. Kent le miró sorprendido y luego bajó la mirada hacia el papel.

Era un sobre, en cuyo anverso se leía: para Kent Samish. URGENTE.

El hecho era en verdad sorprendente, y Kent Samish, desconcertado, miró al hombre que le había entregado el sobre, el cual había regresado a su sitio, y evidentemente, esperaba que Kent le mirase. Al suceder esto, el hombre encogió los hombros y señaló el suelo: había encontrado el sobre allí, eso era todo.

Muy discretamente, Kent Samish rasgó el sobre y sacó la hoja de papel que contenía; la desdobló con dos dedos y bajó la mirada como casualmente. Pudo leer muy bien la misiva, porque estaba en letras mayúsculas, escritas a mano:

«EN REALIDAD. TU PADRE HA SIDO CLINICAMENTE
ASESINADO.

»UN AMIGO».

Kent Samish notó algo como un golpe en el pecho, y se quedó mirando la nota, aturdido, como si no la hubiera leído bien, o no pudiese comprender el significado de aquellas palabras. Las volvió a leer, y luego se guardó la nota en un bolsillo exterior de la chaqueta.

—Cuya trayectoria en la vida lo convirtió en un ejemplo a seguir por todos —decía el reverendo Bowman—. Descanse en paz el buen amigo, el hombre honrado, el hombre que siempre tuvo algo para aportar a la vida y felicidad de los que le conocimos. Amén.

—Amén...

Kent Samish comenzó a estrechar manos de personas que se despedían. A su lado se había colocado Malcom Harrow, el vicepresidente de la Flying Eastern C^o, como queriendo solidarizarse con su lógica tristeza. Kent estrechaba las manos, miraba aquellos rostros, musitaba un «gracias»... y seguía pensando en aquella nota, firmada por *un amigo*.

¿Qué amigo? ¿Y qué había querido decir con aquello de *clínicamente asesinado*? ¿Qué podía significar...?

—Lo siento de veras, señor Samish.

Kent miró ahora con atención a la persona que se despedía, tendiéndole la mano. Una mano pequeña, fina, delicada, fresca... El rostro que vio era fascinante, bellísimo: boca grande y sonrosada, ojos color... sí, color malva, barbilla firme y delicada a la vez, con un hoyuelo en el centro... El cuerpo era de una belleza de líneas que casi resultaba increíble...

Y de pronto, Kent Samish la recordó. En realidad, había estado recordándola, allá en el fondo de su mente, desde que la vio la primera vez, hacía unos meses, una de las veces que estuvo en la Flying Eastern visitando a su padre.

—Usted es la doctora Donegan, ¿no es cierto? —musitó.

La bellísima muchacha se desconcertó un poco.

—Sí... En efecto, señor Samish: Trudy Donegan.

—¿Sería tan amable de esperarme unos minutos?

Trudy Donegan parecía estupefacta, pero asintió con la cabeza.

—Lo haré con mucho gusto.

—Gracias.

Kent Samish continuó estrechando manos, y cambiando comentarios con algunos de los asistentes al sepelio, especialmente con los pilotos que tenían el día libre, y que habían acudido en masa. Para los pilotos de la Flying Eastern, la muerte de Clark Samish había sido un duro golpe, pues Clark, que también había sido piloto, los comprendía a la perfección, y había sido para ellos el auténtico amigo que les resolvía todos los problemas, tanto profesionales como personales... ¿Cómo sería el hijo, cuando tomase el mando de la compañía? Les constaba que como piloto era formidable, pero... ¿qué tal sería como jefe de pilotos, como director de vuelos...?

La última persona se retiró, y el vicepresidente Harrow puso una mano en un hombro de Kent, que lo miró. Era un hombrecillo menudo, orondo, bastante calvo, con lentes. Físicamente, resultaba cómico, eso era todo. Mentalmente, Malcom Harrow no tenía nada que envidiar a nadie.

—¿Te espero, Kent?

—No, señor Harrow, gracias. Volveré solo a casa.

—Bien... Creo que no debo insistir. Pero quizá me necesites si tienes que conversar con la doctora Donegan.

—No... No, no. Es una cuestión personal.

—De acuerdo... ¿Qué era aquel papel que te entregó Collins?

—Cosas mías. Debió caérseme en algún momento.

Malcom Harrow asintió con un gesto de comprensión.

—Naturalmente, yo puedo encargarme de todo, pero quizá prefieras pasar mañana por la compañía... ¿Te esperamos?

—Seguramente iré por allí. De todos modos, señor Harrow. — Kent lo miró amablemente—, no debe usted preocuparse en absoluto.

—¿Preocuparme? —se sorprendió Harrow—. ¿Por qué tendría que preocuparme?

—Mañana hablaremos. Por supuesto, entiendo que está usted perfectamente capacitado para ocupar la presidencia de la compañía.

Malcom Harrow enrojeció.

—Claro que sí. Pero no he pretendido hablar de tal cosa en estos

momentos, Kent.

—Lo sé. Mañana nos veremos.

—Está bien.

Malcom Harrow también se retiró, y Kent Samish se quedó mirando a Trudy Donegan, que, a unos ocho o diez metros, le esperaba, mirándole a su vez fijamente, inmóvil, en el pasillo entre dos hileras de tumbas bellamente floridas. Trudy Donegan tenía el sol a la espalda, y su silueta era tan nítida y perfecta que por un instante, Kent pensó que parecía una estatua. Una bellísima estatua.

Kent se acercó a ella lentamente.

—¿Ha venido usted en coche, doctora?

—Sí. Pero en el del señor Harrow.

—Entiendo. Por supuesto, tendré mucho gusto en llevarla a su casa.

—Muy amable.

—Nada de eso, puesto que la he dejado sin coche... Entiendo que usted es el médico de la Flying Eastern.

—En efecto.

Kent asintió. Se volvió a mirar la tumba de su padre, y estuvo así casi un minuto, inmóvil.

Sentía un nudo en la garganta, porque los recuerdos danzaban en su mente, se cruzaban, parecían estallar... En general, los hijos no ven con la debida perspectiva a los padres. Para los hijos, el padre es un sujeto más o menos tratable en cuanto a sus relaciones para con ellos y que, hasta determinado momento, es quien tiene el poder de las decisiones. Eso es todo.

Muchas muchas veces, no se les ve como persona aislada, sino como ese ente alrededor de cuya autoridad o amparo gira el mundo privado. Sin embargo, con el tiempo, los hijos se dan cuenta de que su progenitor es una persona que tiene vida propia, y pueden analizarla como tal. Entonces es cuando de verdad comprenden al padre, y lo aprueban o no. Y Kent Samish había dado sobresaliente a su padre tras recordar todo lo que aquel *sujeto* le había enseñado y proporcionado en la vida.

—¡Adiós, padre! —musitó.

Volvió a mirar a Trudy Donegan, que le contemplaba con expresión de simpatía y comprensión.

—Siempre se van los mejores, señor Samish —dijo ella.

—Es una frase hermosa —asintió él—, pero en este caso, es también cierta. ¿Vamos al coche?

Señaló hacia la calle que rodeaba el cementerio de aquella parte de la ciudad de Tampa, Florida. La mayoría de los coches se habían alejado ya cuando ambos ocuparon el de Kent, éste al volante. Ofreció un cigarrillo a la doctora Donegan, y encendió otro para sí.

—Seguramente está usted sorprendida, doctora.

—Estoy intrigada, la verdad. Si yo hubiese sido el médico de su padre, comprendería...

Kent Samish la miró vivamente.

—¿No era usted quien atendía a mi padre?

—No, señor.

—Entiendo que usted es el médico de la Flying Eastern por lo tanto, debía ser el médico de mi padre, igual que lo debe ser de todo el personal.

—Lo fui hasta hace un par de meses.

—¿Y por qué dejó de serlo?

—El dejó de consultarme.

—¿Mi padre hizo eso?

—Sí. Supongo que no le gustó mi diagnóstico.

—¿Qué diagnóstico?

—En la última visita que le hice le dije que si quería seguir viviendo debía dejar de trabajar inmediatamente, porque su corazón no podría resistirlo.

Kent Samish estaba, no sólo asombrado, sino atónito.

—¿Quiere decir que mi padre estaba... enfermo?

—Tenía el corazón hecho papilla, para que usted me entienda. Vino a verme, y me confesó que hacía tiempo que sentía molestias en el pecho, que le dolían los brazos, que tenía dolores... generales. Yo no necesitaba tantas explicaciones para comprender que su padre era un firmísimo candidato al infarto. Y ya estaba tan mal que cualquier infarto podía ser fatal. Y así ha sido.

—Pero... esto no es posible. Mi padre era un hombre sensato, inteligente, prudente...

¿Me está usted diciendo que desoyó sus advertencias, que se negó a dejar de trabajar, a cuidarse debidamente?

—Lo único que he dicho es que él dejó de consultarme.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Yo? Lo único que podía hacer: intenté que me recibiese varias veces, pero siempre estaba ocupado, hasta hace un par de semanas. Me recibió en su despacho, tan amable como siempre, y cuando escuchó mis temores me sonrió y me dijo que no debía preocuparme, que por la cuenta que le tenía, él estaba ocupándose adecuadamente de su salud.

—Adecuadamente de su salud —murmuró Kent—. ¿Qué puede querer decir eso?

—Yo interpreté que había recurrido a otro médico mucho más capacitado que yo, para que le atendiese.

—¿Lo interpretó usted o él se lo dijo?

—¿Conocía usted bien a su padre, señor Samish?

—Sí.

—En ese caso, sabrá que era un hombre duro y valiente, pero incapaz de molestar a nadie. Era tan delicado que ni siquiera debió querer molestarme diciéndome que había recurrido a otro médico... Pero, naturalmente, al fin me enteré de que así había sido.

—¿Mi padre fue a otro médico? ¿A cuál?

—Al doctor Martin Jeffers. Es un especialista muy famoso, y tiene un Centro Cardiovascular en Bay Pines, en Tyrone Boulevard. Un centro privado, con todos los adelantos que se puedan desear... Me ha sorprendido que el doctor Jeffers no haya asistido al entierro.

Kent parpadeaba, desorientado, mirando a Trudy Donegan. Por fin miró su reloj.

—La llevaré a su casa —musitó—. ¿Dónde vive?

—En el 287 de Adamo Drive.

—¡Ah...! Es una zona muy bonita. Pero no recuerdo que haya por allí edificios de apartamentos.

—Vivo en un pequeño chalet.

—¿Con jardín?

—Sí... Claro, con jardín.

Kent puso el coche en marcha. Estaba desorientado. Y muy pensativo. Se veía con frecuencia con su padre; hablaba de los aviones que Kent probaba, y su padre no sólo se entusiasmaba con las explicaciones técnicas, sino que hacía preguntas a miles, y hasta le consultaba sobre la probabilidad de hacer adaptaciones en los aviones de la compañía, o la conveniencia de comprar alguno nuevo... siempre y cuando Kent le recomendase tal o cual aparato...

Hablaban de todo. De todo... excepto de la enfermedad de su padre.

—Doctora Donegan —preguntó Kent de pronto—: ¿por qué mi padre nunca me habló de su dolencia?

—Precisamente eso mismo me estaba preguntando, porque es evidente que usted no sabía nada.

—Ni palabra, de veras. Y no lo entiendo. ¿Por qué él nunca lo mencionó?

—¿Cómo puedo saberlo, señor Samish?

De nuevo quedaron los dos silenciosos. Y poco después, Kent detenía el coche delante de un precioso chalet blanco, con tejado rojo oscuro, y ventanas azules. Efectivamente, rodeado de un precioso y bien cuidado jardín. Por un lado de la casa, hacia la parte de atrás, se veía el mar, con un embarcadero pintado de blanco, en el cual había una lancha... Una hermosa tarde, un hermoso lugar, una bellísima muchacha.

Pero, ciertamente, Kent Samish no estaba en condiciones anímicas para valorar todo esto.

—Gracias por traerme —musitó Trudy Donegan—. Supongo que no es el momento para invitarle a tomar algo.

—No. Pero se lo agradezco de todos modos, doctora. Dígame una cosa, por favor: ¿quién más sabía esto de mi padre?

—No lo sé. Ignoro si él lo comentó con alguien, pero, desde luego, yo no lo hice. Es lo que solemos llamar secreto profesional, supongo que lo entiende.

—Sí, por supuesto. Y una última pregunta... ¿Qué quiere decir exactamente la expresión *clínicamente asesinado*?

—¿Por qué pregunta eso? —susurró Trudy.

—Pues... No sé. Se me ha ocurrido. ¿Puede usted darme una respuesta que yo pueda entender? Bueno, parto de la base de que la palabra *clínicamente* me sugiere médicos, clínicas... Cosas así. No sé si me explico...

—Sí, sí. Bien... Clínicamente asesinado puede querer decir que la muerte de una persona ha sido debida a un... error clínico.

—¿Un error médico?

—Podría ser eso —bajó la mirada Trudy Donegan.

Kent Samish se pasó la lengua por los labios, lentamente. Luego, sin decir palabra, salió del coche y fue a abrir la portezuela del otro lado. Trudy se apeó, y se quedó mirándole indecisa, turbada.

—¿Quiere usted decirme algo, quizá? —La miró intensamente Kent.

—Sí... Es que... Bien, en un caso como el de su padre, el error es prácticamente imposible. Lo digo por si alguien le ha hablado de infartos y cosas así. Desde luego, en ocasiones una persona que parecía la más fuerte del mundo fallece de pronto, debido a un colapso. Eso es perfectamente posible. Pero es imposible que un médico deje de ver las condiciones en que estaba el corazón de su padre. Quiero decir que el error era imposible, en su caso.

—Entiendo. Gracias por atenderme, doctora... Y por su invitación. Quizá la acepte en otro momento.

—Cuando usted quiera —musitó ella.

Se estrecharon la mano, y Kent volvió al coche. Desde allí, saludó por última vez a Trudy Donegan cuando ésta, ya abierta la puerta de su casa, se volvió a mirarlo. La muchacha correspondió, y entró en la casa.

Kent Samish partió hacia la suya, en el 3066 de West Shore Boulevard, con vistas a Old Tampa Bay, a Gandy Bridge... Desde allí, muchas veces había contemplado el movimiento en la bahía, mientras sopaba con ser piloto, y temía que su padre fuese a oponerse... cosa que no había sucedido, desde luego.

Estuvo tentado de irse a un hotel para no encontrar la casa vacía. Bueno, estarían allí Olivia y James, los criados que tantos años llevaban con los Samish... Hacía tiempo que no los necesitaban, pues Kent vivía su vida por ahí, y Clark Samish no necesitaba que nadie cuidase de él. Sí, al morir la madre de Kent, Clark Samish pudo haber despedido a los criados, pero ni eso era capaz de hacer. Los retuvo allí, como siempre, fiel a todo lo que le rodeaba.

Ahora, al ir a su casa, Kent Samish ya no encontraría en ella a su padre. Le había costado mucho acostumbrarse a la ausencia de su madre. Ahora... la casa parecía completamente vacía.

—Pero es mi casa —dijo en voz alta, conduciendo—. Y no tengo por qué ir a otro sitio.

Cuanto antes me acostumbre, mejor.

CAPÍTULO III

Cerca de las diez de la mañana, Kent Samish detuvo su coche en el estacionamiento de la Flying Eastern Cº, cuyas oficinas y almacenes estaban en un rincón del Tampa International Airport. Desde el coche, estuvo quizá un par de minutos mirando los aviones, los grandes camiones que llegaban con carga, los empleados... Los de la Flying Eastern llevaban un mono de color amarillo que los distinguía desde mucha distancia; en la espalda, el nombre de la compañía, una de las más prestigiosas de todo el Sudeste del país... Llegaban aviones, despegaban aviones... El ruido de motores era ensordecedor, incluso molesto en ocasiones, pero Kent Samish se sentía allí como pez en el agua. Tan sólo por el sonido de los motores, sabía qué clase de aparato era, qué modelo, y si funcionaba bien o no...

Movió la cabeza, salió del coche y entró en el edificio destinado a oficinas, y a servicios de personal. Sabía que en la planta baja estaba el servicio médico, y fue directo allá.

Cuando entró en la sala, un enfermero y una enfermera se volvieron hacia la puerta y se quedaron mirándolo asombrados. No por su impresionante aspecto atlético, sin duda.

Debían estar pensando que ya acudía a tomar el mando que había dejado su padre...

—¿La doctora Donegan, por favor?

—No ha venido aún, señor Samish —se adelantó el enfermero.

Kent miró su reloj y frunció el ceño.

—¿A qué hora suele venir?

—A las nueve en punto, como todos.

—Bien... Cuando llegue, díganle que me llame al despacho del señor Harrow.

—Muy bien, señor Samish, descuide.

—Gracias.

Salió de la sala médica, y regresó por el reluciente pasillo hacia el vestíbulo, y de allí emprendió la ascensión por las no menos relucientes escaleras, hacia el primer piso, donde estaban las oficinas. Segundos después, llamaba a la puerta en la cual estaba pintado el nombre de Malcom Harrow y su cargo de vicepresidente, y seguidamente empujaba y entraba...

Se detuvo en seco.

—Perdón, señor Harrow. No sabía...

—Pasa, Kent —se puso en pie Harrow, tras la mesa—. Precisamente tenía que consultarte algo, y había pensado llamarte a tu casa. No sé si conoces al señor Alcott, Edgar Alcott.

Kent movió negativamente la cabeza, mirando al visitante de Harrow. Edgar Alcott era un hombre alto, fuerte, de mirada penetrante. Debía tener unos cincuenta años, pero resultaba impresionante y atractivo con sus largos cabellos grises, su recia mandíbula...

—No, lo siento. ¿Cómo está, señor Alcott?

—El es Kent Samish, señor Alcott —presentó Harrow.

—Lo he supuesto. —Alcott se puso en pie, tendiendo la mano a Kent—. He sentido de veras lo de su padre, muchacho.

—Gracias.

—Era un hombre... con el que se podía tratar —frunció el ceño Alcott—. Un tipo formidable, si me permite la expresión.

—Por supuesto que sí, señor Alcott.

—Estábamos hablando de ti —dijo Harrow, sentándose de nuevo—. Tenía que llamarte para pedirte autorización para firmar un contrato con el señor Alcott. Pero ya que estás aquí, puedes firmarlo tú mismo.

Kent movió negativamente la cabeza.

—He venido a despedirme por un par de días, señor Harrow. Aunque quizá vuelva mañana mismo, cuando haya terminado de probar el aparato en el que volaba cuando me avisaron de la muerte de mi padre.

—¿Vas a volver a eso? —exclamó Harrow, atónito.

—¿Por qué no?

—Pues... Bueno, pero... pero yo pensaba...

—No se preocupe, ya se lo dije anoche. Cuento con mi autorización para todo, y mientras yo reflexiono, espero que ocupe el cargo que ha dejado mi padre.

—Pero, Kent... Tú eres el propietario de la compañía. Sólo tienes que ocupar el sillón de tu padre, y nadie podrá discutirte nada. Yo creo que en las actuales circunstancias...

—¿Algo va mal en la compañía? —cortó Kent.

—Claro que no. Todo va estupendamente.

—Entonces, ¿por qué no quiere ocupar el cargo de presidente?

—Al contrario —murmuró Harrow—. La verdad es que... tenía la esperanza de que... de que me lo ofrecieses. Bueno, llevo mucho tiempo aquí, ya sabes... Tu padre y yo...

—Señor Harrow: yo regreso a Daytona Beach, acabaré de probar ese avión y volveré.

No sé aún lo que haré, pero, si me quedo por aquí, será para volar. De todos modos, ya le digo que tengo que reflexionar. Mientras tanto, lo que usted haga, bien hecho estará, naturalmente.

—Bien... Gracias, Kent. Entonces, si te parece, terminaré este asunto con el señor Alcott. Se va a convertir en uno de nuestros mejores clientes, con tal cantidad de carga, que hasta es posible que tengamos que hacer una ampliación de líneas de vuelo, especialmente por el Caribe. El señor Alcott estaba tratando este negocio con tu padre, y supongo que no le importará hacerlo ahora conmigo...

—Si ustedes son como Clark Samish —dijo Alcott—, no tengo ninguna necesidad de buscar otra compañía.

—La Flying Eastern le complacerá, señor Alcott —aseguró Kent—. Bien, señor Harrow, había venido a despedirme, y ya está hecho. Espero volver mañana, quizá pasado... Señor Alcott: encantado.

—Lo mismo digo, muchacho.

Volvieron a estrecharse la mano, y Kent fue hacia la puerta, la abrió y se volvió. Se quedó mirando dubitativamente a Malcom Harrow, el cual se dio cuenta.

—¿Puedo servirte en algo, Kent?

—Pues... no. No, no. En otro momento. Adiós.

Volvió a la sala médica, pero la doctora Donegan aún no había llegado.

—Y es muy extraño —dijo la enfermera—: jamás ha llegado más

tarde de las nueve, señor Samish.

—Gracias.

Un minuto más tarde, Kent Samish partía en su coche hacia Adamo Drive. Y quince minutos más tarde, detenía el coche delante de un bonito chalet de ventanas pintadas de azul claro. Un lugar encantador, sin duda alguna. Se apeó, cruzó el jardín y llegó ante la puerta. Tocó el timbre... Y estaba a punto de volver a llamar cuando oyó la voz de Trudy Donegan, a su izquierda.

—Señor Samish...

Se volvió.

Y se quedó petrificado.

Trudy Donegan estaba en la esquina de la casa. Y llevaba puesto solamente un bikini tan diminuto que se podía guardar en un dedal. La esplendidez de su cuerpo era tal, que Kent Samish quedó como si realmente fuese de piedra. Contemplar a Trudy Donegan era como... como contemplar un rayo de sol convertido en la más bella figura de mujer.

—Estaba tomando el sol en el jardín de atrás... ¿Quería usted verme?

Kent Samish asintió y bajó del pequeño porche. Al acercarse, le pareció que, en efecto, el dorado cuerpo de la doctora Donegan desprendía cegadores rayos de sol...

—Sí —musitó—. Sí, quería... quería hacerle... una pequeña consulta.

—¿No se encuentra usted bien? —Abrió mucho los ojos Trudy.

—Me encuentro perfectamente. Sí, perfectamente. —Kent no había visto jamás unos ojos tan grandes, tan hermosos—. Espero no molestarla.

—Claro que no. Venga.

Fueron a la parte de atrás de la casa. Todo era césped allí, en aquel pequeño jardín íntimo, que sólo podía verse navegando por el estrecho canal donde Trudy Donegan tenía su lancha. Sobre el césped se veía una toalla extendida, y al lado un libro de medicina, un cenicero y cigarrillos... Trudy señaló el sofá-columpio, con un toldito listado en negro y amarillo.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Kent se sentó, mirando a todos lados. Había una mesita de

hierro forjado, con superficie de cristal, y cuatro sillas, también de hierro forjado, esmaltadas en blanco. Y un parasol. Y flores. Santo Dios, aquel lugar era...

Trudy se sentó a su lado, preguntando:

—¿Cuál es esa pequeña consulta?

—Bien... Esta noche he estado reflexionando sobre nuestra conversación de ayer, y he decidido ir a ver al doctor Jeffers. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre mi padre.

—Me parece natural.

—Sí, claro... El doctor Jeffers no deberá incomodarse por ello, ¿no le parece?

—Yo no me incomodaría. Lo comprendería perfectamente.

—Sí. Bien... El caso es que mi opinión sobre este asunto me tiene un poco alterado, y quizá no me comportase... debidamente.

—¿Qué quiere usted decir? No le comprendo, la verdad.

Kent sacó un papel del bolsillo y se lo tendió a la muchacha, que lo tomó, sorprendida.

Era la nota del cementerio, y cuando la leyó, Trudy se quedó mirando fijamente a Kent.

—Ahora sí entiendo —murmuró—. Esto es lo que le impulsó a querer hablar conmigo.

¿Es la nota que le entregaron en un momento tan inoportuno?

—¡Ah...! ¿Se dio usted cuenta?

—No fui la única, supongo. Un amigo... ¿No sabe usted quién es este amigo?

—No.

Trudy quedó pensativa.

—¿Y piensa ir a enseñarle esta nota al doctor Jeffers? ¿Lo va a acusar de algo?

—Ésa es la consulta que quería hacerle. Usted es médico... ¿Cómo me aconseja que enfoque el asunto?

—Me parece que no voy a poder aconsejarle, señor Samish. Mi intervención podría ser mal interpretada, profesionalmente hablando.

—¿Qué quiere decir?

—Su padre dejó de consultarme a mí para acudir a otro médico, que no ha podido salvar su vida. Si yo le digo lo que puede usted hacer, mi postura sería, en verdad, muy desairada. Se podría

interpretar como malicia hacia un colega, celos profesionales...

—Sí, entiendo ahora. Y desde luego, no pienso comprometerla. Perdona que haya venido a molestarla.

—Sin embargo —murmuró Trudy, mirando hacia el mar—, no me parece que su idea de interesarse por el tratamiento que recibía su padre sea mala. Seguramente, el doctor Jeffers tendrá alguna explicación que darle.

—Eso espero. —Kent se puso en pie—. Tengo que marcharme ahora... iré a ver al doctor Jeffers y luego a Daytona Beach, a probar un avión...

—¿No va a quedarse al frente de la compañía? —se sorprendió Trudy.

—Todavía no he decidido nada al respecto. De momento, voy a terminar mi compromiso en Daytona Beach. Quizá a algunas personas no les parezca que mi comportamiento sea el adecuado, pero...

—Estoy segura de que su padre lo aprobaría.

—Eso, sin la menor duda. Usted no lleva mucho tiempo en la compañía, doctora, pero... parece que lo conocía bien.

—Era un hombre admirable. Le tomé afecto en seguida.

—Le agradezco sus palabras. Bien... ¡Oh, una cosa! ¿Quizás se encuentra usted mal?

—¿Yo? Claro que no. ¿Por qué?

—Me dijeron en la compañía que llega usted siempre puntual a las nueve. Y puesto que está todavía aquí...

—He decidido renunciar a mi empleo en la Flying Eastern.

Kent Samish parpadeó, desconcertado.

—¿Por qué motivo, si puedo saberlo?

—Tengo la impresión de que el fallecimiento de su padre no me ha dado precisamente un gran prestigio allí.

—Pero... ¿qué dice? —Se pasmó Kent—. ¡Si usted no estaba atendiendo a mi padre, nadie tiene por qué pensar nada de usted!

—Yo no sé si en la compañía saben que yo no atendía a su padre, ni si saben que lo hacía otro médico.

Kent movió la cabeza, como quien no comprende.

—Hace un momento, iba a pedirle que me permitiese visitarla a mi regreso. Ahora, con más motivos. ¿Puedo hacerlo?

—Naturalmente. Siempre que quiera, señor Samish.

—Gracias. Con usted me ha pasado una cosa curiosa... La vi hace unos meses en la compañía. Y al volverla a ver allí, me di cuenta de que la había estado recordando continuamente. ¿Qué le parece?

—No sé —sonrió Trudy.

—Quiero decir que quizá esto tenga alguna explicación. Un psiquiatra quizá podría aclarármelo, ¿no cree?

—Es muy posible —susurró ella—. Si encuentra a ese psiquiatra, dígame cuál es, por favor: le haré la misma consulta con respecto a usted.

Kent Samish se quedó un instante con la boca abierta. Luego sonrió, tendiendo la mano.

—Hasta mi vuelta. Trudy.

—Aquí estaré, Kent.

Éste retuvo unos segundos más la mano de la doctora, que no mostró la menor impaciencia por retirarla... De pronto, Kent la soltó y se alejó, rodeando la casa.

Segundos después, conducía su coche hacia el Centro Cardiovascular del doctor Martin Jeffers, en Bay Pines.

CAPÍTULO IV

Era un lugar perfecto. Tranquilo, sosegado, silencioso, con amplios jardines... Un edificio así, y las instalaciones adecuadas a su cometido, debía de costar muchísimo dinero.

El doctor Jeffers le recibió inmediatamente, en su enorme despacho del primer piso, con vistas a los jardines. El día era tan espléndido que tan sólo pensar en hablar de la muerte de una persona deprimía el ánimo. Pero aquella nota recibida en el cementerio había puesto en marcha a Kent Samish. Si, realmente, su padre había sido «asesinado», no podía dejar las cosas como estaban, ni mucho menos.

Martin Jeffers, avisado por el interfono de la visita de Kent Samish, acudió a recibirlo a la puerta de su despacho, tendiéndole la mano. Lo primero que dijo fue:

—No sabe cuánto lo he sentido, señor Samish... Y también he sentido mucho no poder asistir al entierro, pero justo ayer por la tarde tuve una gran contrariedad con un paciente interno que...

—No tiene por qué excusarse, doctor. Le supongo un hombre muy ocupado.

—Pues sí... Sí, desde luego. Pero naturalmente, puedo dedicarle todo el tiempo que desee. Por favor, siéntese.

—Gracias. —Kent se sentó en un sillón delante de la mesa y Jeffers lo hizo en el suyo, tras la mesa—. Supongo que ha comprendido usted ya que vengo a interesarme por la enfermedad de mi padre. Estoy sorprendido, porque no sabía nada de...

—Espere, señor Samish —alzó las cejas Jeffers—. ¿De qué enfermedad está usted hablando?

Kent se quedó petrificado de asombro. Se quedó mirando a Martin Jeffers como si éste, en lugar de ser un hombre corriente, de

buena estatura, agradable aspecto y expresión inteligente, fuese un bicho raro.

—¿De qué enfermedad estoy hablando? —repitió por fin—. De la de mi padre, naturalmente. Le decía...

—Perdone. ¿Su padre estaba enfermo?

Kent no salía de su asombro.

—¡Claro que estaba enfermo! —exclamó.

—Ah —el asombrado era ahora Martin Jeffers—. ¿Y qué enfermedad padecía?

—Pero... ¡Bueno!, ¿acaso mi padre no vino a consultarle a usted?

—En efecto. Tuve el placer de recibirlo en consulta. Era un hombre muy cordial y educado. Me alegró muchísimo poder darle un diagnóstico favorable.

—¿Favorable? ¿No tenía... nada en el corazón?

—Lo mismo que todos —sonrió Jeffers—: sangre que circula.

—¿Mi padre no estaba enfermo del corazón?

—Por supuesto que no. Jamás he conocido a un hombre de su edad cuyo corazón funcionase tan saludablemente.

—No es posible...

—¿Perdón? —Frunció el ceño Jeffers.

—Quiero decir que... Bueno, hablando casualmente con la doctora Donegan, he sabido que mi padre tenía... No sé, supongo que una lesión o algo parecido en el corazón, de gran importancia.

—¿La doctora Donegan ha dicho eso?

—Pues... Bien, durante la conversación, yo he interpretado que...

—Mire, señor Samish, yo no conozco personalmente a la doctora Donegan: tampoco la conozco profesionalmente. No sé lo que ella puede haber dicho, pero voy a decirle algo de lo que usted ya se ha dado cuenta, espero: esto es un Centro Cardiovascular reconocido, de los más importantes del Estado y hay en él aparatos en cuyo manejo yo soy un experto. Toda la más moderna técnica para diagnósticos sobre enfermedades del corazón está aquí, a mi disposición. Y además, no creo ser un mal médico. Esto nos lleva a una conclusión: su padre estuvo aquí, fue examinado por mí y por mis máquinas, sobre cuyo funcionamiento y eficacia puede usted consultar a quien guste, y el resultado definitivo fue que el señor

Clark Samish estaba más sano que yo mismo. No puedo decirle otra cosa.

—Pero... mi padre ha muerto de un colapso cardíaco.

—No dudo eso. Es perfectamente posible. Hay personas que viven muchos años trampeando con una lesión en el corazón. Otras personas, que jamás han tenido la menor molestia, fallecen, de pronto. Esto es lo que ha ocurrido con su padre.

Kent quedó pensativo unos segundos, antes de musitar:

—Entonces... ¿usted no le dio ningún tratamiento a mi padre, no le prohibió trabajar o... o fumar... ¡yo qué sé!, o...?

—Lo más absurdo que puede haber en la vida es que una persona sana lleve vida de enfermo, señor Samish. Su padre estaba perfectamente capacitado para todo.

—Bien... Bueno, no sé... La verdad, estoy desconcertado...

—Lo comprendo. Algunos médicos deberían tener mucho cuidado con lo que dicen. Yo lo tengo. Otros, no.

—Debemos suponer que... que la doctora Donegan estaba... en un error, claro...

—Muy comprensible —apretó los labios Jeffers.

Kent se puso en pie lentamente.

—Siento mucho haberle molestado —murmuró.

—No se preocupe. —Jeffers se puso también en pie—. Pero me tienta la idea de pedirle explicaciones a la doctora Donegan. Quizá sería interesante escucharla. Porque, naturalmente, nadie habla como entiendo que ella lo ha hecho, sin tener buenos motivos.

—¿Piensa demandarla? —Se inquietó Kent.

—Lo pensaré.

—Le agradecería... que olvidase este asunto. Ya sé que esto no ha sido muy agradable para usted, doctor, pero me gustaría que fuese usted... tolerante. La doctora Donegan es muy joven, tiene poca experiencia... Bueno, le estoy pidiendo, por favor, que no le tenga en cuenta este lamentable error.

—Lo haré por usted —aceptó Jeffers—. Por otra parte, tengo cosas mucho más importantes a las que dedicar mi tiempo y mi atención.

—Gracias. Adiós, doctor Jeffers.

—A su disposición, señor Samish.

Se estrecharon la mano, y Kent salió del despacho, no poco

mosqueado, y por supuesto, con una agobiante sensación de haber hecho el ridículo. Mientras bajaba las brillantes escaleras pensaba que Trudy Donegan, como mujer, era encantadora, sin la menor duda.

Pero, al parecer, como médico, dejaba mucho que desear.

Al pasar por la recepción, estuvo tentado de pedir un teléfono para llamar a Trudy, y contarle lo ocurrido, para que no llevase adelante su actitud sobre el asunto, pero decidió que era mejor esperar a su regreso de Daytona Beach. La visitaría y charlarían sosegadamente al respecto. Sí, esto era lo mejor.

Salió del edificio, fue adonde había dejado el coche, y ya al volante miró su reloj. Eran casi las once de la mañana... y tenía que cruzar toda la península para llegar a Daytona Beach. En avión, media hora escasa. En coche...

Refunfuñando, puso el vehículo en marcha. Esperaba llegar a tiempo de hacer alguna prueba más con aquel avión antes de que se hiciese de noche. Tenía que detenerse a almorzar en el camino, llegar a las pistas cerca de Daytona, prepararse... Por lo menos, serían las cuatro de la tarde entonces, entre unas cosas y otras. Bueno, realmente tenía tiempo...

Tras la ventana de su despacho, el doctor Martin Jeffers estuvo mirando el coche de Kent Samish, mientras estuvo a su alcance. Después, muy pensativo, preocupado el gesto, permaneció allí no menos de cinco minutos. Y finalmente, regresó a su mesa y descolgó el auricular del teléfono de línea privada.

Marcó un número y a los pocos segundos al otro lado atendían la llamada.

—¿...?

—Soy Jeffers —susurró éste—: ha sucedido algo imprevisto.

—¿...?

—Kent Samish ha estado aquí, interesándose por la lesión cardíaca de su padre.

—¡...!

—No arreglaremos nada así. —Jeffers sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente—. Tenemos que buscar una solución, la que sea.

—¿...?

—Parece ser que la doctora Donegan ha estado conversando con él Me parece que he convencido a Samish, pero la verdad es que no

estoy tranquilo. El muchacho se ha conformado, por ahora, pero puede volver sobre el asunto en cualquier momento. A fin de cuentas, esa mujer, por mucho que nos fastidie admitirlo, es médico: su palabra puede tener tanto valor como la mía...

—...

—¿De qué modo? —Respingó Jeffers.

—...

—Bien, pero ¿qué hago yo?

—...

—Estoy haciendo lo posible por conservar la serenidad, eso es seguro. Escucho atentamente.

—...

—Sí... Sí, sí...

—...

—¡Eso es muy peligroso!

—¡...!

—Está bien, está bien... ¿Qué más?

—...

—No sé... Quizá sea lo mejor, si. Pensaré sobre ello. Adiós.

Martin Jeffers colgó el auricular, y de nuevo quedó pensativo. Esta vez, por más tiempo que antes. Muy pensativo, indeciso, preocupadísimo... Se dio cuenta de que tenía el pañuelo en las manos, y se las secó; las notaba húmedas.

—Habrá que hacerlo —murmuró.

Se puso en pie, y fue al gran fichero metálico. Abrió una de las gavetas y sacó una carpeta de plástico. La abrió y estuvo contemplando lo que parecían radiografías, tiras de papel con gráficos, análisis... Bruscamente, lo sacó todo de la carpeta, guardó ésta, cerró la gaveta y dobló el material de archivo, para poder guardarlo de cualquier manera en un bolsillo interior de la chaqueta.

Salió del despacho y bajó al vestíbulo. En recepción informó de que tenía que salir para atender un asunto personal, y que estaría de regreso después del almuerzo. Cualquier consulta debía ser concertada para esa hora. No, mientras tanto no sería posible localizarle.

Un minuto más tarde, abandonaba los terrenos del centro, al volante de su coche. En principio parecía que se dirigía a su

domicilio, una quinta en el 890 de North Rome Avenue, pero no fue así. Se desvió por un camino de tierra hacia el Egypt Lake, un pequeño lago en forma de corazón que conocía muy bien. Cuando llegó allí, detuvo el coche, paró el motor y sin abandonar el vehículo, estuvo más de un minuto mirando a todos lados. Parecía que no había nadie por allí.

Salió del coche y se acercó a la orilla. Allí, entre unas matas, amontonó, muy arrugados, todos los papeles con gráficos, y las radiografías. Luego, con su encendedor, les prendió fuego, apartándose prudentemente. Estuvo viendo cómo todo se convertía en cenizas.

Finalmente, amontonó las cenizas y las fue echando a puñados al agua. Dispersó las restantes, subió al coche y emprendió el regreso por el camino de tierra.

De pronto, frenó en seco al ver, por entre las matas, un coche de color azul claro, parado. No se oía nada. Ni veía a nadie. Y tan bruscamente como se había iniciado, el sobresalto de Martin Jeffers desapareció. Acabó sonriendo maliciosamente. Bueno, si alguna pareja tenía el gusto de estar por allí, entre las matas, era cosa de ellos. Y a buen seguro que tenían más interés que nadie en pasar desapercibidos, ocupados sólo en sus interesantes asuntos.

Casi sonriendo, Martin Jeffers abandonó las cercanías del Egypt Lake, dispuesto a pasar por su casa ahora. En cuanto a Kent Samish... ¡ya podía hacer lo que quisiera!

CAPÍTULO V

Exactamente a las once de la mañana siguiente, Kent Samish regresó de Daytona Beach. Había salido muy temprano de allí. Y muy satisfecho, porque la tarde anterior había podido terminar las pruebas con el avión de turno. Unas pruebas altamente satisfactorias, pero no las definitivas, las cuales se realizarían una semana más tarde, cuando el aparato hubiese sufrido las modificaciones sugeridas por su prueba.

Mientras tanto, no tenía por qué permanecer en Daytona Beach, y sí, en cambio, tenía mucho que hablar con Trudy Donegan. Había que poner las cosas en claro.

Abandonó el West Shora Boulevard para entrar en su quinta, y ya delante de la casa, paró el motor y se quedó mirándola.

«Demasiado grande», pensó.

Sí, quizá era demasiado grande para una sola persona. Pero era muy hermosa, tenía un gran jardín, garaje, piscina... Y era la casa donde había vivido la mejor época de su vida, con su padre, su madre...

Sacudió la cabeza, salió del coche, y subió los peldaños blancos, mientras metía la mano en un bolsillo en busca de la llave. Pero la puerta se abrió antes de que hubiese llegado allí, y en el umbral quedó James Sellers, el *mayordomo* y *todo lo demás*, como él mismo se definía, mientras que Olivia, su esposa, era la *cocinera* y *todo lo demás que haga falta*.

Lo primero que captó Kent en la expresión de James fue la expresión de alivio, y comprendiendo a qué se debía, le sonrió, palmeándole un hombro.

—No hay avión que pueda conmigo —aseguró—. Yo siempre regreso. James.

—Siempre nos alegramos de eso —murmuró James—. Hay un caballero esperándole en el salón, señor. Un tal Roberts.

—¿Roberts? Mmm... ¿Nick Roberts? —exclamó en seguida.

—Sí, señor. Hace más de una hora que le está esperando. Le dije que no sabía cuándo regresaría usted, y él me contestó que muy bien, que le iba a esperar y que usted y él...

Bien...

Kent Samish sonrió ampliamente.

—¿Qué más ha dicho Nick? —instó.

—Pues ha dicho que usted y él eran viejas grullas voladoras que podían prestarse el nido. Y se ha instalado como si esta casa fuese de él, señor.

—Es de él, James. Cualquier piloto que venga a esta casa en mi busca, puede ser considerado como dueño de ella. Voy a charlar con esa vieja grulla.

—La doctora Donegan ha estado llamando por teléfono. Muchas veces.

—¿Sí? ¿Qué quería?

—Hablar con usted. No ha querido dejar ningún recado. Por lo menos ha llamado treinta veces desde ayer por la tarde.

—¿Treinta veces? —Se pasmó Kent—. Vamos, Irene, vamos...

—Treinta, señor. Por lo menos. La última hace unos diez minutos. Y no creo que tarde mucho en volver a llamar, pues le he dicho que era muy posible que regresase usted hoy.

—Está bien. Si oyes sonar el teléfono, ignóralo. Yo mismo contestaré desde el salón.

—Muy bien, señor. ¿Almorzará en casa?

—No lo sé. Espera a que hable con Nick y Con la doctora Donegan. Luego te lo digo.

James.

—Muy bien, señor.

Kent cruzó el amplio vestíbulo y entró en el salón, situado a la izquierda. En seguida localizó a Nick Roberts, por el humo del cigarrillo, que se recortaba contra el sol que penetraba por la amplia puerta ventana que daba a la terraza jardín. Estaba tendido en el sofá, con sus enormes pies encima, como si tal cosa, y al oír abrirse la puerta había vuelto la cabeza. Inmediatamente, se puso en pie. Era un sujeto alto y fuerte, con cara de malas pulgas y

cabellos rebeldes como si fuesen alambres. Debía tener unos cuarenta años y era fuerte «como un tren de aterrizaje». Vestía tejanos y una cazadora de piel... Kent siempre pensaba, al ver a Nick Roberts, que no podía imaginárselo de otro modo que a los mandos de un avión.

—¡Hola, vieja grulla! —saludó, sonriendo.

—Kent, ayer, cuando el entierro de tu padre, estaba volando. Por eso no asistí.

—No te preocupes. Tu asistencia no me habría indicado que querías más a mi padre.

Hay cosas que no hace falta probarlas. ¿Cómo van esas alas?

—Me las han cortado —gruñó Roberts.

—¿Qué?

—Me han despedido de la Flying Eastern, Kent.

—¿A ti? —Casi gritó Kent.

—A mí. He llegado esta mañana, me he presentado a dar el informe y todo eso, ya sabes, y me han dicho que estaba despedido. Me han dado unos cochinos dólares —se tocó un bolsillo de la cazadora—. Y me han largado con viento de cola.

—Olvídalo —dijo secamente Kent—. Toma tu turno de descanso y vuelve a la compañía cuando te toque volar. Eso es todo.

—Gracias, Kent —sonrió Roberts—. Sabía que la grulla joven que tanto había volado conmigo no me dejaría en tierra.

—Claro que no. Esto es una idiotez... O un error. Hay muchos errores a mi alrededor últimamente. —Kent se sentó en el sofá, y Roberts volvió a hacerlo—. ¿Por qué te han despedido?

—Dicen que bebo.

—Yo también bebo.

—Bueno... Ya sabes, hace un tiempo yo bebía demasiado. No sé si recuerdas que pasé aquella mala temporada.

—¡Vete al cuerno! Eso está más olvidado que el apellido de Tuthankamon.

—Es lo que me han dado a entender —murmuró Roberts—. Está bien. Haré una pasada por allá en vuelo rasante, y se van a enterar de la vida. Es de cretinos despedir a un piloto como tú precisamente ahora que, según parece, vamos a ampliar las líneas de vuelo.

Creo que Harrow me habló de viajes por el Caribe.

—No sé eso. Pero sí es cierto que han contratado a dos pilotos

nuevos. Los he visto por allí.

Kent Samish soltó un bufido.

—Lo dicho: tomas tu descanso y vuelves al trabajo. ¿Te gustaría volar al Caribe?

—A mí me importa un pito volar por el Caribe o por encima de la bañera de mi apartamento: lo que yo quiero es volar, y fin.

—Pues volarás. Y puedes despegar ahora mismo de aquí, porque tengo que ducharme y además, espero una llamada telefónica. Vete a descansar —los dos se pusieron en pie, Kent, pensativo, dijo de pronto—: Te voy a hacer una pregunta. Nick. Pero será como si no hubiésemos hablado de esto. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Bien. Tú eres de los viejos de la casa, tratabas mucho con mi padre. ¿Te dio la impresión de que estaba... enfermo últimamente?

—Pues ahora que lo dices —frunció el ceño Roberts—, quizá lo encontré con aspecto un poco cansado un par de veces. Pero ya conoces a tu... Quiero decir que lo conocías...

¡Maldita sea mi estampa, un tipo como él no debería haber muerto jamás! Bueno, en fin, ya sabes cómo era, no tenía horario, ni aflojaba nunca.

—Sí, entiendo —susurró Kent—. Hasta la vista, Nick.

—Ya despego. Oye, ahora te voy a hacer yo a ti otra pregunta: ¿qué hace por la compañía un sujeto de la catadura de Edgar Alcott?

—¿El señor Alcott? Pues es precisamente el nuevo cliente que nos va a proporcionar carga para el Caribe. ¿Por qué?

—Es un mal bicho.

—¿Alcott? ¿Acaso lo conoces?

—Seguro que sí. Desde hace algún tiempo, cuando me dio por hacer el idiota... Bueno, ese Alcott es basura pura, Kent. Quizá ahora hayan cambiado las cosas, pero hace un tiempo era el brazo derecho de un *gángster* de altos vuelos, un tal Orville Flaggery, que tiene moteles muy especiales, donde se hace de todo. Se dice que dirige una agencia turística, pero muchas personas sabemos que maneja chicas, drogas y todas las porquerías que quieras.

—¿Estás seguro de eso? —exclamó Kent.

—¡Hombre, claro! De lo que no estoy seguro ahora es de que Alcott siga con él, pero sé que esa clase de gentuza no abandona tan

buenos negocios así como así.

Kent Samish volvió a quedar pensativo. Por fin, dio una palmada en un hombro a Roberts.

—Haremos una pasada de reconocimiento sobre esa gente. No te preocupes de nada, Nick.

—Vale. Ya nos veremos. No me acompañes.

Nick Roberts abandonó el salón, dejando a Kent muy pensativo. ¿Qué estaba pasando allí? Por un lado, los antecedentes del tal Alcott; por otro lado, aquel absurdo de despedir a un buen piloto como Nick Roberts, y simultáneamente, con tratar a dos pilotos nuevos.

Y luego, la mención de aquel *gángster*, el tal Orville Flaggery...

El teléfono sonó y Kent se apresuró a atender la llamada.

—¿Diga?

—...

—¡Hola, Trudy! Sí, soy yo. Entiendo que ha estado... ¿Qué?

—...

—Pues... sí. Sí, claro que puedo pasar a buscarla. Si el asunto es urgente puedo salir ahora mismo hacia su casa.

—...

—¿A su casa no? ¿Dónde está, entonces?

—...

—¿Y qué hace usted ahí? —exclamó Kent.

—...

—De acuerdo, ya me lo dirá. ¿Ha dicho el Sunshine Motel?

—...

—Bien. ¡Allá voy!

Colgó y quedó una vez más profundamente pensativo. No se le ocurrió ninguna explicación por la que la doctora Donegan pudiese estar esperándole en un motel, así que acabó por encoger los hombros. Salió del salón, avisó a James de que no almorzaría allí, y poco después partía con su coche hacia el Sunshine Motel.

CAPÍTULO VI

Era muy bonito y discreto. Y Kent se tranquilizó en seguida al comprender que algunas de las cabañas estaban ocupadas por matrimonios con niños, lo cual colocaba al Sunshine en la línea de los moteles de buen tono, no de los otros. Tranquilizado a este respecto, buscó la cabaña número 14, Conduciendo lentamente por entre las palmeras que bordeaban los senderos de piedra.

Localizó en seguida la cabaña indicada por Trudy Donegan, salió del coche y subió al porche... La puerta se abrió antes de que tuviese tiempo de llamar, y la doctora Donegan, vestida de calle con un modelito encantador, de color azul pálido, apareció ante él.

—Pase, Kent.

—Gracias —entró y se volvió hacia ella, que cerró la puerta—. ¿Ocurre algo malo?

—Ocurre algo extraño, por lo menos —murmuró ella.

—Eso no lo dudo: ¿qué hace usted en un motel?

—Me estoy escondiendo.

—¿Escondiendo? —Se pasmó Kent—. ¿De qué?

Trudy Donegan señaló hacia el sofá de la salita recibidor, y ambos fueron a sentarse.

Kent sacó su paquete de cigarrillos, y cuando ambos estuvieron fumando, se quedó mirando atentamente a la doctora.

—Ayer, cuando usted salió del centro del doctor allí.

—¿Allí? ¿En el Centro Cardiovascular?

—Sí. Después de que usted se marchó, decidí que sería interesante saber qué habían hablado usted y Jeffers, así que tomé mi coche y me fui para allá. Le estuve esperando.

Cuando salió me dispuse a abandonar mi coche para acercarme a usted, pero me di cuenta de que Jeffers le estaba mirando desde la

ventana de su despacho, y me pareció que él podía pensar cosas raras, sobre mi presencia allí. Por lo tanto, no salí del coche.

Pensé en seguirlo, pero el doctor Jeffers continuaba allí, en la ventana, y temí que pudiese mirar hacia mi coche al verlo moverse, y reconocirme...

—El dijo que no la conoce —murmuró Kent, todavía asombrado por la actuación de Trudy.

—Yo no estoy muy segura de eso. En fin, me pareció una situación un tanto molesta, así que no me moví de allí. Cuando él se apartó de la ventana, ya era imposible que yo pudiera alcanzarle a usted. Me quedé allí, pensando en cómo podía sentarle a Jeffers que yo subiera a verle, a hacerle alguna Consulta de colega a colega... Bueno, todavía no había tomado una decisión, cuando él salió, subió a su coche y abandonó el centro. No era la hora de almorzar, y además, casi siempre lo hace allí mismo, supongo. Me pregunté adónde debía ir a aquella hora, y no sé por qué, lo seguí...

—¡Vamos, Trudy!

—No me arrepiento de ello. Hizo una cosa muy rara, Kent.

—¿Qué hizo?

—El doctor Jeffers vive en North Rome Avenue, cerca de Lawry Park, según tengo entendido. Al principio me pareció que iba a su casa, pero antes de llegar se desvió por un camino de tierra que llega a un pequeño lago. Sorprendida, seguí tras él. Detuvo el coche muy cerca del laguito y se apeó. Yo escondí el coche entre los arbustos y me acerqué, sin que él pudiese verme. Le vi muy cerca de la orilla y... estaba quemando unos papeles y unas radiografías. Luego, tiró las cenizas al lago y se marchó. Entonces vio mi coche. Se detuvo, lo estuvo mirando y se fue definitivamente. Yo estuve todavía escondida unos minutos, para asegurarme de que no estaba por allí. Cuando volví a la avenida, ya no vi su coche, claro. Busqué un teléfono y le llamé a usted a su casa, aunque sabía que había partido hacia Daytona Beach.

Quería saber cómo podía llamarlo a usted allá, pero su criado me dijo que eso no sería posible, aunque intentaría encontrar el modo de localizarlo. Llamé varias veces más, la última desde una cafetería, donde almorcé. Su criado no sabía nada todavía. Decidí volver a casa y esperar a que usted regresase. Pero al llegar cerca de casa, me asusté.

—¿Por qué? —murmuró Kent, que no salía de su asombro.

—Vi delante de ella un coche, y habían dos hombres dentro de él, fumando. Detuve el coche y los estuve mirando unos minutos... Me di cuenta de que continuamente miraban hacia la casa, y también, cuando pasaba un coche, lo miraban atentamente, como si esperasen que entrara en mi jardín. Tuve la certidumbre de que me esperaban a mí, y me asusté porque sus caras eran... No sé... Desagradables.

Kent había pasado del asombro a la total estupefacción.

—¿Usted pensó que aquellos dos hombres la estaban esperando para molestarla, quizá?

—No sé exactamente lo que pensé, pero me asusté. Decidí no volver a casa y me vine a este motel. Y desde entonces, he seguido llamando a su casa porque quería estar segura de que nos podríamos poner en contacto en cuanto llegase.

Kent Samish asintió con la cabeza, y se quedó mirando el humo de su cigarrillo. Al parecer, esto le recordó parte de la explicación de la muchacha.

—De modo que quemó unos papeles y unas radiografías...

—Sí.

—¿Y qué piensa usted sobre ello?

—No sé. Depende de lo que usted y Jeffers hablasen... ¿Qué le dijo él?

—Me dijo que, en efecto, mi padre había estado a consultarlo, y que le hizo todas las pruebas imaginables, con un resultado favorable.

—¿Favorable?

—El doctor Jeffers aseguró que mi padre jamás había tenido dolencia alguna en el corazón, que estaba perfectamente, y me dio toda una serie de explicaciones.

—¡Pero eso es mentira! —Casi gritó Trudy—. ¡Su padre tenía el corazón muy mal, Kent!

Y es imposible que un médico como Jeffers que, además, cuenta con los más modernos aparatos, dejase de darse cuenta de ello.

—No entiendo nada —masculló Kent—. Nada.

—¿Le enseñó Jeffers la documentación del examen de su padre?

—No. Bueno, me convenció en seguida, así que no le pedí nada de eso. Además, yo no habría entendido nada de todo aquello.

—Yo sí.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si el doctor Jeffers me enseñase esa documentación, podría convencerme, aunque dudo que esté en condiciones de hacerlo.

—¿De convencerla?

—No. De enseñarme esa documentación. Ya no existe.

Kent Samish se quedó mirando fijamente a Trudy.

—¿Cree que esa documentación es la que fue a quemar al lago?

—Le contestaré con otra pregunta: ¿a usted le parece normal que un médico vaya a quemar unos gráficos y unas radiografías junto a un lago, y que tire las cenizas al agua?

—La verdad es que no me parece normal.

—Pues queda contestada su primera pregunta, Kent. Fíjese bien: usted va a pedirle explicaciones, él se las da sólo de palabra, y parece que usted queda convencido; pero cinco minutos después que usted, sale él del centro y se va a quemar gráficos y radiografías a la orilla de un lago, donde no había nadie. ¿Qué se le ocurre, Kent?

Kent Samish apagó el cigarrillo en el cenicero, quedó pensativo y de pronto se puso en pie.

—Me parece —susurró— que voy a visitar de nuevo al doctor Jeffers, y le pediré que me enseñe la ficha médica de mi padre.

—Acaba de decir que usted no entendería nada de eso.

—¿Vendría usted conmigo?

—Podríamos decir que usted ha hablado conmigo a su vuelta de Daytona Beach, y que yo, humildemente, admito que puedo haberme equivocado. Y que con el fin de aprender, me gustaría observar la documentación de su padre. Voy a quedar como una pobre tonta, pero no me importa.

—Doctora Donegan: ¿cuál es exactamente el interés de usted en este asunto?

—Si el doctor Jeffers ha mentido, lo denunciaré. Yo soy médico. No permitiré que uno de nosotros, un médico, se dedique a maniobras que no puedo entender, pero que le han ocasionado la muerte a un paciente.

—Eso se llama salvaguarda de la profesión, ¿no?

—Sí, en efecto. Haría cualquier cosa con tal de que una

profesión como la de médico no tuviese mancha alguna, Kent. Y por supuesto, cualquier persona que esté utilizando la medicina para fines ajenos a la medicina misma, debe ser apartado de ella.

—Me parece admirable su actitud —admitió Kent—. Y parece que hay otra persona que está muy de acuerdo con usted: el amigo que se las arregló para que yo recibiese la nota en el cementerio. Ya sabe: el que dijo que mi padre había sido clínicamente asesinado...

¿No le parece a usted que esa persona debe de entender algo de medicina, Trudy?

—Evidentemente.

—Y por supuesto, tiene que ser alguien que tenga algún interés en todo esto, y que conociese a mi padre, al doctor Jeffers... En fin, todo esto, ¿no se le ocurre quién pueda ser, Trudy?

—No, no...

—¿De veras?

—¿Por qué tengo que saberlo yo?

Kent Samish se quedó mirando fijamente a Trudy Donegan. Por fin, sonrió levemente y encogió los hombros.

—Ya sabremos quién es, más pronto o más tarde. Ahora, lo que interesa es ir a visitar al doctor Jeffers. Pero no ahora mismo —miró su reloj—, pues es la hora del almuerzo. Podríamos ir hacia las dos, después de almorzar nosotros también.

—¿Juntos?

—Claro —se sorprendió Kent—. ¿No le parece razonable?

—Sí —sonrió Trudy—. Y agradable.

CAPÍTULO VII

El almuerzo fue muy agradable, en efecto.

Pero ya no fue tan agradable la expresión con que Martin Jeffers les recibió en su despacho del Centro Cardiovascular después de haberles hecho esperar unos minutos, tras serle anunciada su visita por el interfono.

Muy correcto y cortés, desde luego, pero su actitud no podía ser más fría.

Tras las presentaciones, Kent se disculpó:

—Esperamos no molestarle demasiado, doctor Jeffers.

—La verdad es que tengo mucho trabajo —replicó el médico—. Pero no me ha parecido razonable negarme a recibirlo, señor Samish.

—Solamente serán unos minutos. En realidad, hemos venido solo a disculparnos.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, sí. Bien... Mire, este asunto es bastante molesto, ¿no le parece? Así que he pensado terminarlo de una vez.

—Me parece magnífico. Usted dirá, señor Samish.

—La doctora Donegan se ha mostrado muy consecuente. Le he explicado nuestra entrevista de ayer, las palabras de usted... Como es lógico, ella tiene un gran respeto profesional por un médico de su prestigio y, por tanto, admite que posiblemente estuviese equivocada respecto a su diagnóstico sobre mi padre.

—Es una actitud muy sensata por parte de la doctora Donegan, en efecto —se mostró más afable Jeffers.

—Sin embargo —casi sonrió Kent—. Trudy es también un poco terca. Yo creo que si usted le explicase a ella de un modo exacto su diagnóstico sobre mi padre, no sólo la convencería, sino que,

además, es posible que ella aprendiese algo.

—Espero que esté usted de acuerdo, doctor —sonrió angelicalmente Trudy Donegan—, que un médico tiene la obligación de admitir cuándo se ha equivocado. Y no sólo eso, sino que debe procurar que esa equivocación no vuelva a ocurrirle. Si usted me enseñase la ficha del señor Clark Samish, yo quedaría no sólo convencida, sino que aprendería cosas importantes para un caso parecido, en el futuro.

Jeffers se quedó mirando con incredulidad a Trudy.

—Si no he entendido mal, doctora, usted quiere que le permita examinar el archivo.

—Pues sí. Me gustaría hacerlo.

—Debe de estar bromeando —sonrió Jeffers, con sarcasmo—. Sabe perfectamente que el archivo de un médico es secreto.

—Sí, lo sé. Sin embargo, en este caso no se trata de enseñarlo a personas ajenas al caso o a la Medicina. Comprendo muy bien su postura, doctor Jeffers, pero sólo se trata de darle explicaciones al familiar de un paciente y de ser amable con un colega. Póngase en mi caso, por favor.

—Yo no estoy en su caso —replicó secamente Jeffers.

—Por fortuna para usted —suspiró Trudy—. Pero, por favor, suponga por un instante que sí está en mi caso: que ha cometido una equivocación tremenda en un diagnóstico importante. ¿No le gustaría que un médico más preparado le ayudase? No se trata sólo de favorecerme a mí, sino de contribuir al mayor perfeccionamiento de un colega.

Martin Jeffers se quedó mirando fijamente a Trudy. Luego, miró a Kent Samish y por último, de nuevo a la doctora.

—Está bien —murmuró—. Como un caso excepcional, voy a cambiar impresiones sobre uno de mis pacientes con usted, doctora. Sólo espero que, después de esto, ustedes dos tengan en cuenta que soy una persona muy ocupada.

—Naturalmente.

Jeffers se puso en pie, fue al archivo y de una de las gavetas sacó una carpeta. Hizo una seña a Trudy, que le siguió hasta el rincón donde estaba la pantalla para radiografías. La iluminó y colocó la que contenía la carpeta, de modo que pudo ser examinada perfectamente.

Durante unos minutos, Kent Samish, detrás de ambos médicos, estuvo escuchando las explicaciones de Martin Jeffers, y mirando sin comprender nada, las radiografías, los gráficos y demás documentos relacionados con su padre.

Finalmente, Trudy se volvió hacia él, con expresión consternada.

—Kent, lo siento. Me parece que te he molestado sin motivo alguno.

Kent Samish frunció el ceño.

—¿Eso quiere decir que estabas equivocada?

—Sí. Tengo que admitirlo.

—No tiene ninguna gracia, la verdad, Trudy.

—Lo siento de veras.

—¡Vaya! Bueno, supongo que sólo nos resta pedirle disculpas al doctor Jeffers y dejarle que siga con su importante trabajo. Si yo fuese él, estaría muy molesto.

—Lo estoy —admitió Jeffers, recogiendo todos los papeles y radiografías—. Pero al menos esto servirá para que todos quedemos satisfechos. ¿De acuerdo, doctora?

—Sí —musitó Trudy—. No sé cómo pedirle que...

—Vamos a dar el asunto por terminado —sonrió Jeffers—. No quisiera parecerles descortés, pero es verdad que tengo mucho trabajo. ¡Mmm...! De todos modos, ha sido un placer conocer a una colega tan linda como usted.

—¿Eso quiere decir que no me guarda rencor? —sonrió Trudy.

—Claro que no. Supongo que yo habría hecho lo mismo. Bien, si en alguna ocasión mi centro o yo podemos serle de utilidad para alguna consulta, estamos a su disposición, doctora.

—Gracias. Muchas gracias, doctor Jeffers. Es usted muy amable.

—Mucho —ratificó Kent—. Adiós, doctor. Y gracias.

Segundos después, Trudy y Kent abandonaban el despacho de Martin Jeffers. Éste tuvo tiempo de regresar la carpeta al archivo y asomarse a la ventana del despacho cuando su colega y Kent todavía no habían llegado al coche. Los vio entrar en él, esperó a que saliese de los terrenos de la clínica, y recurrió de nuevo a su teléfono privado.

—...

—Soy Jeffers. La doctora Donegan ha estado aquí.

—...

—¡Si, ha estado aquí, con Kent Samish! ¡Y no he tenido más remedio que enseñarle la ficha de Clark Samish! ¿No más?

—...

—Pues si no apareció por su casa, en algún sitio debía estar, ¿no es así? ¡Y desde luego no creo que fuese yo quien tuviera que localizarla!

—...

—No lo sé. Ha escuchado todas mis explicaciones, ha hecho preguntas inteligentes...

Conoce muy bien su trabajo, yo estaba equivocado en ese punto. Es un médico eficiente y bien preparado.

—...

—¿Cómo demonios puedo saber las conclusiones que ella ha obtenido? Me ha pedido disculpas, desde luego, pero no sé, no estoy muy tranquilo, lo confieso.

—...

—No sé adónde van ahora. Ni idea. Pero es posible que ella regrese ya a su casa, y que Kent Samish vaya a la suya, o a la Flying Eastern. ¡Maldita sea, yo no tengo por qué cuidarme de esas cosas! ¡No tuve más remedio que aceptar sus imposiciones, pero...!

—...

—Está bien. Me calmo. Pero ya le he dicho cómo están las cosas, así que vea de ponerles remedio.

Colgó bruscamente, y se quedó con la mano sobre el teléfono, pensativo, preocupado.

Y aún hubiese estado más preocupado si hubiese podido escuchar la conversación entre Trudy Donegan y Kent Samish dentro del coche.

—¿A la compañía? —Estaba preguntando Kent—. ¿Para qué? Ya son más de las tres y...

—Me gustaría —interrumpió Trudy—. Tengo algunas cosas allí que quisiera recoger, Kent.

—¿Debo entender que estás decidida a abandonar tu empleo en la Flying Eastern?

—No exactamente. Pero quisiera ir a recoger unas cosas a mi consultorio allá, si no te importa.

—Claro que no. Aprovecharé para darme una vuelta por las oficinas, a ver qué tal van las cosas.

—Gracias. —Trudy le miró de reajo un instante—. Supongo que te he parecido una pobre tonta.

—Bueno... No. —Kent sonrió amablemente—. No, no, Trudy. Cualquiera puede equivocarse. Y eso me tranquiliza, porque...

—Yo no he dicho que esté equivocada.

—¿Cómo que no? —exclamó Kent—. ¡Yo mismo te lo he preguntado y tú has admitido...!

—Todas las personas sabemos mentir —susurró ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Llévame a la compañía, por favor. Tú haces tus cosas, yo las mías, y luego nos encontramos... si quieres.

—¿Por qué no habría de querer? —se sorprendió él.

—Sólo te estoy ocasionando molestias e inquietudes.

Kent Samish fue quien miró ahora de reajo a Trudy. Vio su perfil, su boca deliciosa mostrando una muequecita de preocupación, su delicada garganta...

—Bueno —sonrió—. Todo eso podría ser soportable si me invitas de vez en cuando a tomar el sol en tu jardín. El de atrás, desde luego.

Ella volvió la cabeza, y su sonrisa fue ahora dulce.

—Puedes venir a tomar el sol siempre que quieras.

—Algo he salido ganando.

Eran casi las cuatro cuando llegaron a las oficinas de la Flying Eastern en el Tampa International Airport. Trudy se dirigió directamente al consultorio médico de la compañía, y Kent subió al primer piso. Llamó a la puerta del despacho de Malcom Harrow y entró...

No había nadie allí.

Se quedó sorprendido, pero sólo un instante. Luego, frunció el ceño, sonrió secamente y fue a llamar a la puerta del despacho que había sido de su padre. Todavía estaba allí, escrito con pintura negra, su nombre y la mención del cargo de presidente.

Llamó, entró y sonrió amablemente al ver a Malcom Harrow sentado tras la mesa.

Harrow había levantado la cabeza y sonrió a su vez, al verlo.

—¡Hola. Kent! ¿Ya de vuelta?

—Eso parece, señor Harrow. ¿Cómo va el nuevo despacho? Malcom Harrow enrojeció levemente.

—Bueno... Estaba echando un vistazo a todo esto. No es que quiera usurpar...

—Tonterías. A fin de cuentas, usted va a ser el nuevo presidente de la compañía.

Mañana mismo debería ordenar que borrasen de la puerta el nombre de mi padre, y que pusieran el suyo.

—Eres muy comprensivo. Pero yo debo insistir en que este despacho te pertenece.

—Por el momento ya le he dicho que lo único que me interesa es volar. Y a propósito de volar y de pilotos: entiendo que ha contratado usted personal de vuelo.

—¡Ah, sí! Bien, ya sabes que tenemos proyectado ampliar las líneas, así que me pareció oportuno hacerlo. ¿Te parece mal a ti?

—De ninguna manera. De todos modos, esos dos pilotos no serán definitivamente admitidos hasta que yo los haya sometido a prueba.

—¡Oh, son dos buenos elementos, Kent! Tengo referencias de que...

—¿Hay algún vuelo largo en perspectiva?

—Sí. Precisamente para esta misma noche. Hay una importante carga con destino a Montgomery, Alabama.

—Magnífico. ¿A qué hora?

—A las siete.

—Estaré aquí a tiempo de comandar ese vuelo. Y quiero que los dos nuevos pilotos me acompañen: los probaré. ¿De acuerdo?

—Claro. Me parece muy bien, Kent.

—Asunto solucionado. Pasemos ahora a otro... ¿Qué clase de referencias tiene usted del señor Alcott?

—¿De Alcott? —se sorprendió Harrow.

—Sí, de Edgar Alcott el hombre que usted me presentó ayer mismo.

—Bueno, pues... No sé... ¿Referencias? ¿Desde cuándo le pedimos referencias a un cliente que puede llegar a ser tan importante para la compañía? Y por otra parte, ya te dije que había sido tu padre quien iniciara las negociaciones con el señor Alcott.

—Lo dudo.

—¿Qué? —Respingó Harrow.

—Tengo algunos informes respecto a ese Alcott. Parece que hace algún tiempo era el hombre de confianza de un *gángster* de altos

vuelos llamado Orville Flaggery, que es un sujeto sin escrúpulos dedicado a actividades turísticas, en apariencia. Pero en realidad, parece que es un gran proveedor de toda clase de vicios para personas poco recomendables. Y naturalmente, mi padre no habría iniciado jamás negociaciones con esa clase de gente.

—Pe... pero... eso no... no puede ser, Kent...

—Ya lo veremos. Por ahora, pensemos en ese vuelo de prueba con esos dos tipos. Y a mi regreso de Montgomery, me ocuparé personalmente de saber más cosas del señor Alcott y sus actividades verdaderas.

—Pero...

—Asunto liquidado. Y por último, ya que vamos a ampliar las líneas de vuelo, es evidente que necesitaremos pilotos, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Me gustaría saber si puedo recomendar uno. Muy bueno, naturalmente. ¿Puedo?

—¡Por supuesto que puedes! Dile que venga por aquí cuando quiera, y lo pondremos en nómina.

—Magnífico —sonrió Kent—. Su nombre es Nick Roberts.

—¿Roberts? Bueno, es que...

—¿Qué pasa? —se sorprendió Kent—. ¿No le parece suficiente con que yo lo recomiende... y con que llevase más de diez años al servicio de la Flying Eastern, y con que fuese amigo personal mío, y que mi padre le tuviese gran afecto, y que conozca estupendamente su trabajo, en suma?

—Está bien —murmuró Harrow.

—De acuerdo, entonces. Y también de ese despido hablaremos a mi regreso de Montgomery. Hasta luego, señor Harrow.

Salió del despacho y bajó al vestíbulo. Allá todavía tuvo que esperar unos minutos a Trudy Donegan, fumando y pensando. Era muy posible que a su alrededor se estuvieran cometiendo errores más o menos disculpables, pero de una cosa estaba completamente seguro: antes de entrar en negociaciones con Edgar Alcott, su padre se había enterado muy bien de todo lo que hiciese referencia a este sujeto.

—¿Nos vamos, Kent?

Alzó la cabeza, vio a Trudy y se puso en pie, mirándola fijamente.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —murmuró.

Ella sonrió, se tomó de su brazo y salieron del edificio. Segundos después, se alejaban, de nuevo Kent al volante del coche. La miró y frunció el ceño.

—¿Y bien?

—En realidad, estaba convencida de ello, pero quise tener la completa seguridad, Kent: las radiografías y demás documentos que Martin Jeffers nos ha enseñado no son de tu padre.

Kent Samish palideció un instante y pareció que fuese a frenar, pero se repuso en el acto y siguió conduciendo.

—¿Estás segura? —susurró.

—Nada más ver las pruebas de aquel corazón, comprendí que correspondían a un hombre de poco más de treinta años, sano, fuerte, impecable en cuanto a ese órgano...

—¿Por qué no lo dijiste?

—Habría sido complicar las cosas, y poner sobre aviso al doctor Jeffers.

—Entonces, ¿crees que le has dejado convencido de que te ha engañado?

—No lo sé. Depende de lo tonta que él crea que soy yo.

—Ya. Supongo que en tu consultorio has estado examinando radiografías de mí padre, y cosas así.

—Todo lo que se podía comprobar. Kent, puedes pensar lo que quieras y hacer lo que quieras, pero la verdad es ésta: Jeffers engañó a tu padre, luego, cuando fuiste a pedirle explicaciones, te engañó a ti, y en seguida fue a quemar el historial médico de tu padre, que substituyó por otro. No puedo decirte nada más.

—Te creo.

—¡Ah! —Ella le miró vivamente—. ¿Por qué lo dices en ese tono tan raro?

—Porque sé que algo está pasando. ¿Te imaginas a mi padre relacionándose con *gangsters*?

Trudy Donegan respingó fuertemente.

—¡Claro que no! —exclamó en seguida.

—Yo tampoco. Y, desde luego, no vas a volver a tu casa, por ahora. Tampoco quisiera dejarte sola.

—¿Dejarme sola? ¿Vuelves a Daytona Beach?

—No. Voy a hacer un vuelo esta noche... Quiero hacerlo. Voy a

probar a dos pilotos, y además, quiero echar un vistazo a la carga que llevamos. No me gusta nada todo esto.

—Puedo volver al motel.

—No. Prefiero que no estés sola. Y en mi casa, ni hablar. Así que tendremos que... ¡Ya lo tengo! ¡Te quedarás con Nick!

—¿Quién es?

—Pronto lo conocerás... Espero que esté en su apartamento.

Nick Roberts estaba en su apartamento, en efecto. En pijama, barbudo, tomando

Coca-cola

y viendo la televisión. Estaba descansando cumplidamente, a su manera.

—¡Caracoles! —exclamó al verlos al abrir la puerta—. ¡No has debido preocuparte tanto por mí, Kent!

—No estoy en absoluto preocupado por ti —se sorprendió Kent—. ¿Por qué dices eso?

—Yo diría que te has traído a la despampanante doctora Donegan para que me eche un vistazo. ¿O no?

—Claro que no —masculló Kent—. ¿Podemos pasar?

—A ver si no —sonrió Roberts, apartándose—. ¡Hola, bella matasanos!

—¡Hola, Nick! —sonrió Trudy—. ¿Cómo va la úlcera?

—¿Qué úlcera? —exclamó Kent.

Roberts cerró la puerta y dirigió una torva mirada a Trudy Donegan.

—¡Bah! Unas pequeñas molestias que tengo de vez en cuando, a veces, como recuerdo de mis tiempos de bebedor. La bella matasanos me da de cuando en cuando unos polvos, y todo marcha bien. ¿Coca-cola? Bueno, ante todo creo que debo vestirme correctamente, ¿no?

—Será mejor que sepas que Trudy se va a quedar contigo aquí hasta nuevo aviso.

—¡Caracoles! ¿Tan mal estoy. Kent?

—No —sonrió Kent Samish—. Pero te diré cómo están las cosas, Nick. Empezaremos por...

CAPÍTULO VIII

A las seis y media, Kent Samish detuvo el coche delante del hangar en el cual le había dicho un empleado de la compañía que estaba el avión que aquella noche debería llevar carga a Montgomery, Alabama.

—Supongo que todo está preparado y que el aparato ha sido debidamente revisado, Spencer.

—Sí, señor, naturalmente.

—*Okay*. ¿Y los pilotos nuevos?

—Están en la oficina, recogiendo las notas de embarque.

—Vale. Ve a decirles que vengan; quiero ver qué tal son, echando un vistazo de seguridad al aparato.

—Sí, señor.

—Los espero allá.

Y allá estaba, apeándose del coche.

Las grandes puertas del hangar estaban cerradas. Apretó el mando eléctrico que las accionaba, alzándolas hasta que quedaban pegadas al techo, y entró, mirando en seguida hacia el aparato que estaba enfrentado a la puerta. Al fondo del enorme hangar había tres más, distinguiéndose sus siluetas a la luz del sol poniente, cuyo resplandor se esparcía desde las altas ventanas alargadas.

Estaba a punto de encender la luz del hangar cuando hacia el fondo oyó un ruido sordo, luego un sonido metálico... Se quedó inmóvil, con el brazo en alto unos segundos. Luego encendió la luz y se dirigió tranquilamente hacia el bimotor, alrededor del cual dio una vuelta, examinándolo. Pero no muy bien, porque en realidad miraba de reojo en todo momento hacia el fondo del hangar, donde habían apiladas grandes cantidades de cajas con mercancías esperando ser colocadas en el próximo avión de servicio, y a la

derecha, los bancos del taller de reparaciones y mantenimiento.

En apariencia, Kent Samish llegó a la conclusión de que necesitaba una de las herramientas, pues tras vacilar, se dirigió hacia el fondo del hangar, directo hacia los bancos del taller.

Pero, de pronto, cuando ya estaba muy cerca, desvió la marcha, metiéndose corriendo entre las pilas de cajas.

Su reacción fue tan inesperada, tan veloz, que el hombre que se había estado escondiendo no tuvo tiempo de nada. Respingó al ver aparecer a Kent, se irguió, abrió mucho los ojos. En seguida, dio media vuelta y echó a correr al otro lado de la pila de cajas.

Kent Samish no se lanzó tontamente tras él, sino que también dio media vuelta, salió de allí por el extremo del pasillo que formaban las cajas cerca de los bancos del taller y de este modo, apareció en terreno despejado, al mismo tiempo que el sujeto desconocido lo hacía por el otro lado, corriendo como un loco hacia la salida.

La persecución fue corta, pero espectacular. La velocidad que podía desarrollar aquel hombre no podía compararse en modo alguno con la que era capaz de desarrollar Kent Samish, cuyas velocísimas zancadas le colocaron en menos de cinco segundos tras los talones del sobresaltado fugitivo, que volvía la cabeza, mostrando su rostro crispado.

Y la expresión fue de sobresalto cuando vio a Kent saltar hacia él con todo el impulso y la fuerza de la veloz carrera. El hombre lanzó un grito, intentó desviar la marcha, pero lo único que consiguió fue que Kent se aferrase solamente a una de sus piernas en lugar de a las dos, tal como había pretendido.

Rodaron los dos por el suelo, y el desconocido se revolvió furiosamente, lanzando un patadón que acertó a Kent en pleno rostro, con la planta del pie. Pero el duro contacto de la suela del zapato no fue suficiente para hacer perder la presa a Kent, que soltó aquel pie, giró y se puso en pie, mientras el otro hacía lo mismo, de un salto.

El puño derecho de Kent salió disparado en un directo escalofriante, que acertó al hombre en la nariz, y lo tiró de espaldas al suelo, por el cual resbaló un par de metros.

Cuando de nuevo se puso en pie, Kent ya estaba de nuevo ante él, disparando otra vez su puño, que acabó de convertir en papilla

la ya sangrante nariz del desconocido. Éste retrocedió, manoteando, esforzándose en no perder el equilibrio... pero sólo lo consiguió debido a que su espalda chocó con una de las pilas de cajas. Allí rebotó y fue recibido adecuadamente por Kent Samish, con un corto al estómago que dejó sin aliento al sujeto, doblado sobre sí mismo, gimiendo.

Kent dio un paso hacia él, lo asió por los cabellos y lo obligó a enderezarse, echando el otro puño hacia atrás.

—¡Ahora vas a ver...!

El otro reaccionó desesperadamente, alzando la rodilla derecha, que se hundió entre las ingles de Kent.

—¡Uuaaaaahhhhá! —aulló Kent, palideciendo y quedando petrificado por el intensísimo dolor.

En aquel instante, el sujeto de la cara sangrante podía haber escapado por el simple procedimiento de eludir a Kent-Kent

y salir corriendo del hangar. Pero al parecer, tenía sólidas convicciones de que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, así que, para correr hacia la salida, quiso apartar a Kent, empujando.

Lo consiguió a medias. Su mano golpeó en el pecho de Kent, que retrocedió, pero sin caer, pues se agarró precisamente a la mano que le había empujado, de modo que al caer lo hizo arrastrando consigo al otro.

El batacazo fue tremendo, especialmente para Kent, mientras el otro, encima suyo, se disponía a machacarle la cara a golpes, rugiendo, salpicando sangre a todos lados. El primer golpe lo desvió Kent con el antebrazo izquierdo, simultaneando esta acción con un nuevo trallazo de su puño derecho, que abrió el pómulo izquierdo del hombre como si fuese de mantequilla, y lo tiró de espaldas de nuevo, hacia las cajas.

Aún estaba retrocediendo, cuando Kent, de nuevo en pie, disparaba otra vez su puño, dispuesto a terminar la pelea.

Y la pelea terminó... pero no favorablemente para Kent Samish.

El otro retrocedió más de prisa y con tal fuerza que cuando su espalda chocó de nuevo contra la pila de cajas, la hizo oscilar... y cuando Kent, llevado por el impulso de su puñetazo, chocó contra el hombre, ambos volvieron a golpear la pila de cajas, que se vino

abajo con gran estrépito, sepultándolos a ambos, que seguían cayendo, Kent encima de su adversario.

Y esto fue lo que le perjudicó. La caja que cayó a plomo en primer lugar lo hizo sobre la espalda de Kent, aplastándolo. Inmediatamente, todas las demás, siempre Kent protegiendo con su cuerpo al desconocido.

Otro nuevo golpe llegó, Kent no supo de dónde ni cómo.

Sólo supo que, de pronto, la más densa oscuridad apareció ante sus ojos.

—¡Señor Samish! —Oyó—. ¡Señor Samish! ¿Está bien?

Kent Samish parpadeó, y la luz volvió. Se quedó mirando el techo del hangar. No... no era que la luz hubiese vuelto, sino que era él quien había regresado de la oscuridad en la que había permanecido... ¿cuánto tiempo? ¿Un segundo, un año, un siglo...?

—¿Qué le ha ocurrido?

Desvió la mirada hacia su derecha, y vio muy cerca el rostro del empleado llamado Spencer. Por encima de este rostro, un poco más arriba y borroso, vio dos rostros más.

Alzó un brazo y le ayudaron a ponerse en pie.

—¿Está usted bien? —preguntó otra voz.

Kent sacudió la cabeza, y las imágenes acabaron de aclararse. Junto a Spencer, mirándole expectantes, había dos hombres preparados con equipo para volar.

—¿Lo han visto? —preguntó, con voz ronca.

—¿El qué? —preguntó Spencer.

—El hombre que había aquí... ¿No han visto a nadie?

—No, señor —se sorprendió Spencer—. Fui a buscar a los dos pilotos, tal como usted me encargó, y venimos los tres por si había algo que hacer. Vimos las cajas por el suelo, y una pierna de usted que salía entre ellas... Bueno, vimos una pierna, y yo supuse...

—Sí, sí, entiendo.

—¿Había un hombre aquí dentro?

Kent Samish separó los brazos y aspiró profundamente. Le dolía la espalda de un modo horrible, y las ingles...

—Voy a tomar algo al bar —masculló—. Spencer, ve a buscar a Lloyd: quiero que repase el avión.

—Pero ya está revisado. Lo hicimos antes de...

—Quiero que lo reviséis otra vez. Yo voy a tomar algo, y vuelvo

en seguida.

—Muy bien, señor Samish.

Pero el señor Samish, en realidad, no quería tomar nada. Lo que hizo fue ir directamente al despacho de Malcom Harrow, es decir, al que había sido de su padre. No estaba allí. Tampoco estaba en el del vicepresidente. Dos minutos más tarde, otro empleado le informó de que el señor Harrow se había marchado en su coche, poco después de las seis, lo cual fue una suerte para Malcom Harrow, pues en aquellos momentos Kent Samish se sentía desacomodadamente furioso.

Emprendió el regreso hacia el hangar, pero antes de llegar allí, vio salir corriendo a Spencer, que acudió a su encuentro a toda prisa. Cuando se detuvo ante él, estaba pálido como un muerto. —¿Y bien?— murmuró Kent.

—La... El tren de aterrizaje... está... está...

—¿No habríamos podido despegar? —masculló Kent.

—Bueno, yo... yo creo que despegar sí, señor Samish, pero... pero se... se habría partido al aterrizar, y... y... Quiero decir que...

—Quieres decir que se habría roto, y que los que fuésemos en ese avión habríamos quedado convertidos en hamburguesas. ¿No es eso?

—Pues... pues supongo... supongo que sí.

—¿Dónde está Lloyd?

—Está mirando si sería posible repararlo.

—No. Hay que cambiar ese tren de aterrizaje.

—¡Pero eso no es tan fácil, necesitaremos mucho tiempo!

—Lo sé. Los clientes que están esperando esa carga tendrán que conformarse con recibirla mañana. Ve a decirle a Lloyd que llame a todo el equipo de mantenimiento: quiero que repasen todos los aviones de la Flying Eastern. Todos. ¿Lo entiendes?

—Sí... Sí, señor, claro.

—¿Están los pilotos nuevos en el hangar?

—Sí, señor.

—Ve a buscarlos. Tráemelos al despacho de mi padre.

Dio media vuelta y volvió al edificio. Entró en el despacho de su padre y ocupó aquel sillón, duro el gesto. No entendía nada de nada, en concreto. Pero sí era fácil comprender que algo sucedía. Ya no cabían dudas.

Encendió un cigarrillo. Y estaba a la mitad, cuando la puerta se abrió y apareció Spencer, solo.

—¿Y esos pilotos? —entornó los ojos Kent.

—Pues... pues se han marchado, señor Samish.

—¿Se han marchado?

—Sí, señor. Les... les dije que usted quería hablar con ellos y parecieron conformes.

Salimos del hangar y veníamos hacia aquí cuando dijeron que iban a buscar no sé qué cosa al almacén de equipos y... y a los pocos segundos los vi marcharse en su coche... No lo entiendo.

Kent Samish se puso en pie, duro el gesto.

—Ocupaos de los aviones, Spencer.

—Señor Samish, esto ha sido un sabotaje... Yo creo que deberíamos avisar a la policía.

—Yo me encargaré de eso —dijo, ya saliendo del despacho de su padre.

Y segundos después se alejaba con su coche. Seguro que iba a avisar a la policía.

Pero antes quería aclarar algunas cosas.

CAPÍTULO IX

Malcom Harrow abrió la puerta de su hermosa casa en El Prado Boulevard y respingó, al ver a su visitante.

—¡Kent! —exclamó.

—¡Buenas noches, señor presidente! ¿Puedo pasar?

La pregunta la hizo Kent ya dentro de la casa, y cerrando la puerta. Luego se quedó mirando fríamente a Harrow, que había palidecido. Tuvo que tragar saliva antes de tartamudear:

—¿Qué... qué pasa?

—Pasa que, contra lo que usted esperaba, todavía estoy vivo. Vamos a su despacho.

Tenemos que hablar.

—Pero... pero no... no comprendo...

La mano derecha de Kent se crispó en la ropa de Harrow, y dio tal tirón, que casi alzó al menudo y orondo hombrecillo.

—Harrow, puedo hacerlo pedazos en unos segundos si me pone más nervioso de lo que ya estoy. De modo que le voy a dar un consejo: dígame toda la verdad y al menos conservará la salud. He... he suplicado bien...

—Es que no... no te entiendo...

—Se lo diré entonces: han saboteado el avión en el que yo iba a volar esta noche, y tengo la seguridad de que usted lo sabía. Primero mataron a mi padre.

—¡Tu padre murió de un colapso...!

¡Crack! Restalló el puño izquierdo de Kent en la barbilla de Malcom Harrow, y éste salió volando, de espaldas, perdiendo en el corto trayecto los lentes... y el escaso valor que tenía, porque cuando Kent caminó hacia él, prietos los puños, el hombrecillo comenzó a gatear.

—¡No me pegues! —gritó—. ¡No me pegues, no me pegues...!

Kent lo alcanzó, lo asió por el fondillo de los pantalones y lo alzó, llevándolo como si fuese un fardo hacia donde sabía que estaba el despacho privado del aterrado hombrecillo. Llegó allá, lo tiró sobre el sofá y se plantó ante él, con las manos en la cintura.

—Señor Harrow, no estoy bromeando, se lo juro. Si usted no me dice todo lo que yo quiero saber antes de avisar a la policía, va a pasarlo muy mal. Y le diré por qué quiero que me lo diga todo a mí en primer lugar, porque la policía, quizá fuese demasiado blanda en su interrogatorio. Pero a mí, a mí, señor Harrow, me han asesinado a mi padre y han querido hacer lo mismo conmigo. ¿Cierto?

—No, no... Yo no sé de qué hablas.

—Le voy a hacer comerse todos sus dientes.

—¡Yo no sé nada, nada...!

De nuevo la mano izquierda de Kent asió la ropa de Harrow y dio un tirón, dejándolo de rodillas sobre el sofá. Parecía un muñequito... zarandeado por el puño enorme y durísimo de Kent Samish al chocar con su estómago.

Tras el puñetazo, Harrow quedó tan pálido que parecía muerto: su boca se abría y se cerraba angustiosamente, y sus desorbitados ojos estaban fijos en el rostro de aquel nuevo Kent Samish, que otra vez se disponía a golpear.

—¡No me pegues más! ¡Te lo diré! —aulló Harrow.

—De acuerdo. Pero no aquí; no quisiera buscarme más complicaciones. Camine. Iremos a un sitio mucho más tranquilo... para los dos.

—¿Qué... qué quieres decir...?

—Quiero decir, señor Harrow, que usted sabe demasiado. Y que hay quien sabe que usted sabe demasiado y que yo sé que usted sabe demasiado. ¿Me entiende?

—No, no...

—¿Tiene algo que ver en todo esto el doctor Jeffers?

—Sí.

—Bueno... Más motivo para hacer las cosas a mi manera. Les voy a reunir a los dos en un lugar... tranquilo, y entre ambos me van a explicar todo este asunto. Póngase en marcha.

Lo asió por el cuello de la chaqueta, lo puso en pie y lo empujó hacia la puerta. Apagó la luz, salieron al vestíbulo, Kent abrió

también aquella puerta, apagó la luz, cerró y dio un empujón a Harrow.

—Iremos en mi coche, y si cree que puede hacer alguna jugarreta que me sorprenda, olvídelo. Usted es sólo un... ¡Corra!

Kent se había sobresaltado y empujó a Harrow, pero en seguida lo asió por un brazo haciéndolo girar, y lo arrastró hacia uno de los arbustos de flores, obligándole a penetrar entre las punzantes ramas y tapándole la boca con fuerza cuando el hombrecillo la abrió para protestar.

Todavía se estaban moviendo las ramas del arbusto cuando delante de la entrada al jardín se detuvo un coche y las luces se apagaron. Inmediatamente, dos hombres se apearon y entraron en el jardín, caminando con prisa, haciendo crujir la grava.

Pasaron a menos de dos metros de Kent y Harrow, cuyos ojos se veían desorbitadamente abiertos, girando hacia los dos sujetos, que llegaron a la puerta.

—No hay ninguna luz —oyeron Kent y Harrow.

—Llama. Seguramente está dentro.

Kent Samish mantenía apretada la boca de Harrow. Tenía una sospecha, pero quizá se equivocase, así que no convenía confiar en Malcom Harrow.

—No contesta —llegó la voz de uno de los hombres—. Debe de haber salido a cenar por ahí o al cine. Vamos a echar un vistazo al garaje.

—Si el coche no está, tendremos que quedarnos aquí esperándolo.

Kent notó perfectamente el estremecimiento de Malcom Harrow, cuyos ojos parecían a punto de saltar de las órbitas. Se inclinó hacia su oído y susurró:

—Han venido a por usted... Tenemos que marcharnos, porque están dispuestos a esperar. Ahora van hacia el garaje y no tendremos una ocasión mejor: hay que correr hacia mi coche. ¿Lo entiende?

Harrow asintió con la cabeza y Kent retiró su mano de la boca. Se oían las pisadas de los dos hombres, hacia el garaje.

—Ahora —susurró Kent—. Déme la mano y corra todo cuanto pueda.

Asió la gordezuela mano del hombrecillo, salieron de entre las

ramas y echaron a correr hacia la salida del jardín. La grava comenzó a crujir fuertemente. Por detrás de ellos, desde el garaje, les llegó la exclamación de un hombre y las palabras del otro.

—¡Por allí corre alguien, Graves!

Kent Samish corrió con todas sus fuerzas, tirando de la sudorosa mano de Harrow, que jadeaba con tal fuerza que parecía ir a estallar de un momento a otro. Llegaron junto al coche de Kent cuando los dos peligrosos visitantes salían del jardín al bulevar, a todo correr.

—¡Entre, pronto! ¡Pueden disparar!

Malcom Harrow se movía con la velocidad de una ratita acosada por una pareja de gatos. Cuando Kent se sentó ante el volante, el hombrecillo estaba ya dando saltos de impaciencia en el asiento contiguo. Kent arrancó, y el coche salió disparado, casi saltando, con fuerte rechinar de neumáticos.

Al mismo tiempo, Kent veía a los dos hombres llevando la mano derecha a la axila izquierda, y sin pensarlo ni un segundo, giró el volante, de modo que el coche subió a la acera, rebotando con fuerza, siempre chirriando los neumáticos... Encendió las luces largas, que dieron de lleno en los dos asesinos profesionales. Por instinto, éstos alzaron los brazos para protegerse del deslumbramiento, pero al mismo tiempo debieron comprender las intenciones de Kent, al ver el coche lanzado a toda velocidad hacia ellos, y olvidando todo intento de disparar, se concentraron en algo mucho más importante: salvar sus propias vidas.

Saltando con grotesca agilidad, los dos regresaron al jardín... y una milésima de segundo después, el coche de Kent pasaba por la acera, exactamente por donde habían estado los dos asesinos, que quedaron tendidos en el césped, lívidos, desencajados los rostros, paralizados de espanto...

Uno de ellos consiguió reaccionar cuando el coche de Kent estaba ya a más de cien metros.

—¡Vamos a perseguirlos, tenemos que...!

—¿Sin pistolas? —graznó el otro.

—Por supuesto.

Encontraron sus pistolas en el jardín una, y en la acera la otra. Pero para entonces la posibilidad de alcanzar a Kent Samish ya no existía.

CAPÍTULO X

Kent Samish devolvió, con las luces, el saludo que había hecho el otro coche apenas llegar al lugar de la cita. Luego señaló al exterior, mirando a Malcom Harrow, que seguía tan pálido como si tuviese el rostro embadurnado en harina.

—¡Vamos allá. Harrow!

Salieron los dos, lo tomó del brazo y fueron hacia el otro coche, en cuyo asiento de atrás se acomodaron, mirando ambos a Trudy Donegan y a Nick Roberts, que se habían vuelto y los contemplaban expectantes desde el asiento delantero.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —masculló Nick—. ¡Creí que te había ocurrido algo, y resulta que estás con el señor Harrow...!

—Te vas a encargar de él, Nick. Llévalo a tu apartamento y no permitas que se te escape, ni que llame por teléfono... Considera que es un prisionero de cuidado, simplemente. Yo me reuniré con vosotros en cuanto me sea posible.

—¿Adónde vas? —preguntó Trudy.

—A buscar a Jeffers. Quiero que él y Harrow, mano a mano, nos lo expliquen todo, de principio a fin.

—Yo voy contigo al centro —dijo Trudy.

—Es muy tarde ya —movió la cabeza Kent— así que no creo que esté en el centro.

Tendremos que ir a su casa. Tú sabes dónde vive, ¿no es así, Trudy?

—Sí. Ya te lo dije: en North Rome Avenue, cerca de Lawry Park.

—Bien. —Kent vaciló—. De acuerdo, tengo que resignarme a que vengas conmigo. Pero nada de hacer cosas por tu cuenta. Ten mucho cuidado con Harrow, Nick.

—¡Oh, sí! Le preguntaré por qué me despidió. A lo mejor, tomando amigablemente una Coca-Cola, se atreve a decírmelo Kent sonrió secamente, y salió del coche, imitado rápidamente por Trudy. Fueron al de él y Kent señaló el volante.

—Será mejor que conduzcas tú.

Un instante después, el coche partía y Trudy miraba con rápido gesto a Kent.

—¿Qué ha pasado exactamente, Kent?

—Han querido matarme.

—¿Qué? —gritó Trudy.

—Y también a Harrow. Fui a pedirle explicaciones por lo del avión sabotado, pues él tenía que saber algo, ya que sabía que yo iba a volar esta noche.

Durante el trayecto hasta Lawry Park, Kent Samish puso a Trudy al corriente de lo sucedido, y para cuando la doctora detuvo el coche, los dos estaban silenciosos y no poco preocupados.

—Pero ¿quién y por qué están haciendo todo esto, Kent?

—No lo sé. Pero en cuanto reunamos a Harrow y Jeffers, ellos nos lo van a explicar todo, ya lo verás. Eso será si llegamos alguna vez a casa de Jeffers, claro. ¿Por qué has parado aquí?

Trudy señaló por la ventanilla.

—Ésa es la casa de Jeffers.

—¡Ah, bueno! Te diré lo que vamos a hacer. Yo voy a por él, y tú te quedas en el coche.

Si ves algo que te parezca peligroso, vete de aquí a toda velocidad.

—¿Y tú?

—Yo sé arreglármelas —gruñó Kent.

Salió del coche y se dirigió hacia la casa. Tenía dos pisos y relucía, muy blanca, iluminada por el alumbrado público. No había ni una sola luz en la casa. El jardín era muy pequeño, y Kent lo cruzó en tres o cuatro zancadas. Pulsó el timbre de la puerta. ¡

Ding-dong

!, se oyó nítidamente dentro de la casa. Unos segundos más tarde, volvió a llamar... con el mismo resultado negativo. Miró hacia la puerta del garaje y comenzó a caminar hacia allí, mientras con un

gesto distraído, mecánico, empujaba la puerta de la casa.

Se detuvo en seco al notar cómo ella cedía.

Desanduvo el paso dado, enfrentándose de nuevo a la puerta. Acabó de empujarla, y entró. Oscuridad absoluta allí dentro... Ajustó la puerta, y tanteó hasta encontrar el interruptor de la luz. La encendió y miró primero hacia la escalera que llevaba al piso alto.

—¡Doctor Jeffers! —llamó.

Silencio.

—¡Doctor Jeffers!

Silencio absoluto.

Kent fue hacia una doble puerta, a su izquierda. Abrió una hoja, metió una mano y encendió la luz. Era el salón. No había nadie.

Se volvió hacia la puerta que estaba justo enfrente de la del salón. Una puerta de una sola hoja, corriente. Fue allá, abrió, encendió la luz y dio un paso hacia el interior de lo que en seguida se veía que era un despacho.

Martin Jeffers sí estaba allí.

Sentado tras la mesa, con la cabeza caída de lado sobre la brillante madera, y los brazos colgando, como pudo ver al rodear la mesa. También pudo ver mejor su rostro. Tenía los ojos muy abiertos; parecían de cristal.

Le puso dos dedos en un lado del cuello.

—No te molestes. Está muerto.

Kent miró hacia la puerta al oír la voz de Trudy, que había llegado allí silenciosamente, y miraba a Jeffers.

—Te dije que te quedases en el coche —murmuró.

—Al verte empujar la puerta, comprendí que estaba abierta y por fin me he decidido a venir. Es mejor que no toques nada, Kent; la policía tiene que encontrarlo todo tal como está ahora.

—Ya lo sé. ¿Cómo ha muerto? ¿Puedes saberlo, sin tocarlo?

Trudy Donegan se acercó, se colocó junto a Martin Jeffers y se acuclilló, de modo que pudo verle el pecho. Se incorporó, asintiendo.

—Tiene sangre en el pecho. Seguramente lo han matado con una pistola. —Trudy puso la palma de una mano en la mejilla del cadáver—. Está frío, pero no demasiado. Puede hacer una hora que ha muerto.

—Debí llamarlo por teléfono —se lamentó Kent—. Debí advertirle. Pero pensé que podría escapar de mí, y preferí pillarlo por sorpresa... Eso le ha costado la vida. Y Harrow está vivo porque llegué a tiempo a su casa.

—¿Crees que aquellos dos hombres que estuvieron allí pasaron antes por aquí y mataron a Jeffers?

—No se me ocurre otra cosa.

—¿Llamamos a la policía?

Kent Samish permaneció pensativo unos segundos, antes de mover negativamente la cabeza.

—Nadie va a perder nada porque esperemos un poco... Antes quiero hablar con Harrow. ¿No estás asustada; Trudy?

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Bueno... Estamos ante un hombre asesinado, ¿no?

—¡Ah... sí! ¡Claro! Eso sí me asusta un poco. Por lo demás, he visto muchos muertos en mi vida, Kent. Muchos, muchísimos... Una buena parte, en peores condiciones que el doctor Jeffers.

—A veces olvido que eres médico.

—Yo, no.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. Vamos a ver qué dice Malcom Harrow de todo esto. Debe saber lo suficiente para que nosotros entendamos de una vez lo que está pasando... Me gustaría ver su reacción cuando le digamos que Jeffers ha sido asesinado.

CAPÍTULO XI

En realidad, Malcom Harrow no tuvo ninguna reacción.

Simplemente, estaba pálido, asustadísimo, y se acariciaba continuamente el gran hematoma que tenía en la barbilla debido al golpe que le había propinado Kent, al cual miraba con expresión desorbitada, como temiendo que volviese a golpearle. —¿No dice nada. Harrow?— frunció el ceño Kent.

—No... no sé qué decir...

—Está asustado —sonrió Nick Roberts—. Más asustado que una vieja ante un gamberro.

—Escuche, Harrow. —Kent procuró mirarlo con cierta amabilidad—: usted se ha complicado la vida, pero lo cierto es que alguien ha perdido mucho más todavía. Estoy hablando de mi padre... ¿Qué ocurrió realmente?

—Yo no tuve la culpa... ¡Yo no tuve la culpa! ¡Estaba enfermo!

—Eso ya lo sé, ahora —musitó Kent—. También sé que fue a ver al doctor Jeffers, porque no debió quedar conforme con el diagnóstico de la doctora Donegan. Es lo natural... Cualquier persona se resiste a admitir semejante diagnóstico. Y más mi padre, que era un hombre terco, un luchador de toda su vida. De la nada, hizo la Flying Eastern, y era lógico que a los cincuenta y cinco años, considerándose en pleno vigor, se resistiese a abandonar su obra, el trabajo de toda su vida. Por eso fue a ver a Jeffers, con la esperanza de que Trudy se hubiese equivocado. Pero Jeffers le mintió... ¿Por qué?

—No lo sé... ¡No lo sé!

—Kent —intervino Trudy—, a mí me parece que la policía llevaría este interrogatorio mejor que tú, mejor que nosotros. Vamos a llamarlos, y Harrow les dirá lo que tramó contra tu

padre...

—¡Yo no tramé nada! —aulló Harrow—. Yo... yo apreciaba mucho a Clark... Jamás hubiese hecho nada contra él. Al contrario... Un día, me dijo que estaba enfermo, que la doctora Donegan se lo había dicho. Cuando me dijo que se trataba del corazón, yo le recomendé a Jeffers, con la mejor intención...

—¿Con la mejor intención? —barbotó Kent.

—¡Claro que sí! Yo sabía que Jeffers era uno de los mejores especialistas del Estado, incluso del país. Había oído hablar de él, había leído algunas cosas... Le dije a tu padre que debía ir a ver a Jeffers, que quizá la doctora Donegan se había equivocado. Tu padre me hizo caso, fue a ver a Jeffers un par de veces. Por fin, vino a verme, radiante de alegría. El doctor Jeffers le había dicho que no tenía nada en el corazón, que aquellos dolores eran simples molestias reumáticas o algo así. Yo... yo me alegré mucho, Kent, te lo juro...

—Señor Harrow, todo eso no encaja con el resto de su comportamiento —susurró Kent—. Me refiero al intento de asesinato sobre mí mismo. Sabían que yo iba a volar esta noche... ¿no es así?

Malcom Harrow abatió la cabeza sobre el pecho.

—Sí... Eso es cierto. Pero te diré cómo fueron las cosas, Kent. ¡Verás...! A los pocos días de haber ido tu padre a ver a Jeffers, Edgar Alcott vino a verme a mi casa. Me dijo que si me gustaría ser el presidente de la Flying Eastern, y yo le dije que naturalmente que sí, pero que no lo sería jamás mientras tu padre estuviese en activo, y que, a juzgar por su salud, iba a vivir más años que yo. Alcott sonrió, y me dijo que quizá tu padre no fuese a vivir tanto como parecía. Me preguntó si yo aceptaría trabajar para él en caso de que consiguiese colocarme en la presidencia, y, por tanto, al mando directo de todo lo que hiciese en la Flying Eastern...

—Y usted aceptó.

—No... No fue así, Kent. No exactamente, al menos... Le contesté que no quería líos, y que no me gustaba su modo de hablar sobre tu padre, porque parecía como si pensasen matarlo. Me dijo que eso no tenía importancia, porque la muerte de tu padre sería... natural. Dijo que había ido a ver a Jeffers, porque éste le había llamado. Es decir, Jeffers llamó a Orville Flagger...

—¿El *gángster*?

—Sí, claro... Bueno, Jeffers llamó a Orville Flaggery, y éste envió a Alcott a hablar con Jeffers.

—Espere un momento —frunció el ceño Kent—: ¿qué tenía que ver un médico como Jeffers con un sujeto de la calaña de ese Flaggery, un *gángster*?

—Sí... Bien, Alcott me lo contó todo después. Hace algunos años, Martin Jeffers estuvo trabajando como médico en un hospital de Sudamérica, no sé exactamente en cuál, ni en qué país. Aprovechando su estancia allí, y que conocía a mucha gente, Jeffers se dedicaba a la trata de blancas. Conocía chicas, jóvenes que iban al hospital, familias pobres con hijas...

—Se me está revolviendo el estómago —exclamó Nick Roberts.

—Has bebido demasiada

Coca-Cola

—murmuró Kent, pálido—. Siga, Harrow.

—Bueno, el caso es que Jeffers y Flaggery se conocían de entonces. Flaggery había ido a verle al Centro Cardiovascular, que Jeffers había montado con el dinero ganado con la trata de blancas. Le dijo que aquí podían reanudar el negocio, pero a la inversa, esto es, enviando muchachas norteamericanas a Sudamérica. Martin Jeffers se negó, ya tenía dinero, no quería complicaciones... Pero Flaggery le dijo que lo pensase bien, o él iba a hacer muchos comentarios respecto a lo que había estado haciendo en Sudamérica. Y así estaban las cosas cuando tu padre fue a ver a Jeffers. En cuanto Jeffers supo que tu padre era prácticamente el propietario de una línea aérea privada, se interesó por él. Pronto comprendió que jamás podrían sobornarlo para que cediese sus aviones para el negocio de transportar a las muchachas...

—Y entonces, se fijaron en usted.

—Sí... Jeffers engañó a tu padre, porque sabía que si se guía trabajando a su ritmo habitual tenía que morir muy pronto. Entonces fue cuando enviaron a Alcott a decirme que si yo quería ser presidente de la compañía. Yo dije que sí, pero que no me gustaba lo que parecían sugerir sus palabras: era como si pensasen matar a tu padre, y desde luego, yo jamás habría aceptado...

—Pero aceptó que engañasen a mi padre.

—Me... me habrían matado si le hubiese dicho la verdad...

Alcott me lo dijo muy claramente. Si les apoyaba, pronto sería presidente de la Flying Eastern, con todas sus ventajas; y no sólo esto, sino que tendría una parte del negocio de ellos, muy considerable. En cambio, si les privaba de la oportunidad de conseguir un sistema tan bueno de transporte de muchachas a través de una línea comercial privada de vuelos, me matarían. Yo... yo, simplemente, no... no hice nada...

—Este tío es un cerdo —jadeó Roberts—: deja que un hombre se esté matando, y dice que no hizo nada.

—Un hombre no, Nick: varios —musitó Kent—. Primero mi padre. Luego, avisa a Alcott de que yo me estoy poniendo un poco difícil, y deciden matarme. Los dos pilotos que iban a volar conmigo debían de ser parte del personal de Flaggery y Alcott, naturalmente; necesitaban tener personal propio dentro de la Flying Eastern, ir con mucho cuidado al principio. Por eso te despidieron a ti, porque eres una grulla vieja a la que no es fácil engañar. Y, de momento, pusieron a esos dos pilotos...

—Pero esos tipos iban a morir contigo, Kent.

—¿Y qué? Para Flaggery y Alcott, eran simples compinches que podían ser sustituidos por otros. Lo importante era eliminarme a mí. También iban detrás de Trudy, con la que no habían contado al principio. Y cuando las cosas se han complicado, no han vacilado en matar a Jeffers y en querer hacer lo mismo con el propio Harrow. De este modo, aunque pierden la posibilidad de utilizar la Flying Eastern, al menos nadie podrá acusarles de nada y buscarán otro medio de transporte para las chicas norteamericanas que deban ser enviadas a Sudamérica... Esto es gracioso, ¿verdad? Me refiero a lo de las actividades visibles de Flaggery, que dice que se dedica al turismo... Actividades turísticas.

—Bueno —intentó bromear Roberts—, no me negarás que facilita el modo de ver mundo a algunas muchachas de las que se creen muy despabiladas.

Kent Samish asintió, y quedó pensativo. Una cosa era indiscutiblemente cierta: su padre había sido *clínicamente asesinado*. Martin Jeffers, como médico, debió decirle que, en efecto, estaba de acuerdo con el diagnóstico de la doctora Donegan y que debía dejar de trabajar inmediatamente, que ya había hecho bastante. Si le hubiese dicho esto, Clark Samish estaría todavía vivo, y

seguramente habría prolongado plácidamente su vida durante muchos años más, tomando el sol, pescando, viajando, pintando cuadros... La recompensa para un hombre que ha luchado mucho en la vida.

Pero Martin Jeffers, con vistas a sus negocios, a los que Orville Flaggery le forzaba, había visto una posibilidad de complacer a su antiguo conocido de tiempos de canalladas y había dicho a Clark Samish que estaba perfectamente, que aquellos dolores en el pecho eran algo reumático... ¡Reumático! Pero Clark Samish se había apresurado a creerlo, se había convencido a sí mismo de que estaba perfectamente para seguir trabajando tan duro como siempre, y... Había sido asesinado. Todo lo clínicamente que se quisiera, pero asesinado.

Asesinado.

De pronto, Kent Samish alzó la cabeza y fijó su dura mirada en los ojos de Malcom Harrow.

—¿Dónde puedo encontrar a Flaggery y a Alcott? —susurró.

—¿Qué... qué...?

Kent pareció arrancar de su asiento a Harrow de un manotazo, y aceró su rostro súbitamente crispado al del hombrecillo.

—¡Que dónde puedo encontrar a esos cerdos!

Trudy puso una mano en el brazo de Kent.

—Kent, ¿qué estás...?

—¡Déjame! —Sacudió Kent el brazo, furiosamente—. ¡Y usted, puerco miserable, dígame dónde están esos canallas o le...!

—¡No lo sé! —chilló Harrow—. ¡No lo sé, no lo sé...!

—Déjame a mí, Kent —suplicó Nick Roberts—. ¡Por favor, déjame a mí, y verás cómo lo recuerda todo!

—¡No podéis hacer esto! —exclamó Trudy—. ¡Hay que avisar a la policía!

—Lo haremos, lo haremos —aseguró malignamente Kent—. Pero antes quiero decirle algo a esos caballeros. ¿Dónde podemos encontrarlos, Harrow? Será mejor que recurra a su memoria, o le voy a dejar en manos de Nick.

—¡En un almacén! —volvió a chillar Harrow—. ¡Sólo conozco la dirección de un almacén, donde está esperando una carga que debíamos transportar en el primer viaje de la Flying Eastern al Caribe!

—¿Dónde está ese almacén?

—En... en el 760 de la 38th Street... ¡Eso es todo lo que sé, lo juro!

—Algo es algo —sonrió Roberts.

—¿Una carga para el Caribe? —Frunció el ceño Kent—. ¿Qué clase de carga?

—¡No lo sé! ¡Son unas cajas, pero no sé qué contienen!

—A lo mejor contienen chicas embalsamadas —sugirió Nick Roberts.

—Pronto lo vamos a saber —se irguió Kent—. Muy pronto. Vosotros os vais a quedar aquí con Harrow, y yo...

—Un momento —cortó Roberts—: ¿estás sugiriendo que vas a ir solo allá, Kent?

—Exactamente.

—Muchacho, un buen piloto no despega nunca sin copiloto... Y además, tengo una pistola. ¿Quién da más?

—Trae esa pistola —susurró Kent.

—Estáis locos los dos —tartamudeó Trudy—. Kent, no hagáis eso, esa gente os matará a los dos...

—Les faltan muchas horas de vuelo para ganarnos a nosotros —dijo Roberts—. Voy a por la pistola. Les vamos a enseñar a andar por ahí asesinando a personas como Clark Samish.

Desapareció rápidamente en el interior del dormitorio, mientras Kent miraba fijamente a Trudy.

—La pistola es para ti. Trudy. Te vas a quedar aquí vigilando a Harrow. Cuando haga media hora que Nick y yo hayamos salido, avisas a la policía, que vengán a recoger a Harrow. Y entonces, puedes decirles todo lo que quieras. Pero no antes de media hora.

—Kent, te matarán... ¡Te matarán! No seas loco, esto es cosa de la policía...

—La policía no le rompería todos los huesos a esa gente. ¿Te atreves a quedarte con Harrow, a hacer lo que te he dicho?

—Sí, sí, pero...

—Aquí está el juguete —salió Roberts del dormitorio, con la automática—. Y estoy seguro de que funciona. Le vamos a...

Kent le quitó la pistola, y la puso en manos de Trudy, para asombro de Roberts, que no había oído la conversación entre ellos.

—Ten mucho cuidado —pidió Kent.

—Pero, oye... ¿qué estás haciendo? —masculló Roberts.

—Trudy vigilará a Harrow, y lo entregará a la policía dentro de media hora. ¿Crees que en media hora tenemos tiempo de romper unos cuantos huesos, Nick?

—Hombre, sí. —Roberts se frotó las manos—, pero con una pistola...

—No. Y vámonos ya.

Dio la vuelta, para dirigirse hacia la puerta, pero Trudy Donegan le retuvo por un brazo y se quedó mirándolo fijamente. La bella doctora estaba pálida, y sus labios temblaban.

Temblaban tanto, que a Kent Samish se le ocurrió que debía poner remedio a esto.

Además, hacía falta ser mucho más tonto de lo que era Kent para no comprender lo que Trudy Donegan estaba pidiendo, deseando... Se inclinó sobre aquellos sonrosados labios temblorosos, y los besó.

Fantástico remedio.

Los labios de Trudy dejaron de temblar al instante. Ella se abrazó al cuello de Kent, y durante más de un minuto reinó el más absoluto silencio en el apartamento de Nick Roberts, el cual se dedicó a contemplar el techo con el mismo interés que si allá arriba alguien hubiese pintado una auténtica obra de arte. Por su lado, Malcom Harrow permanecía sentado en un pequeño sofá, con la cabeza caída sobre el pecho, ajeno a todo, rumiando sobre su inquietante situación.

—Vámonos, Nick.

Nick Roberts dejó de esforzarse en contemplar el interesante techo.

—¿Ya habéis terminado? Pues vámonos.

—Kent —suplicó Trudy—. Kent, no vayas...

Pero se quedó con la mano tendida hacia Kent Samish, angustiada la expresión, mientras el piloto y el copiloto despegaban... rumbo al 760 de la 38th Street.

CAPÍTULO XII

Pasaron por delante del almacén y Kent detuvo el coche después de haber doblado la siguiente esquina.

Volvió la cabeza hacia Roberts.

—¿Has visto a alguien?

—No... Pero si había luz dentro. O me lo ha parecido.

—Debe de haber un vigilante. O quizá más. Lo que me sorprendería mucho es que unos tipos como Flaggery y Alcott estuviesen ahí dentro.

—Es la única pista que tenemos. Y, Nick, tengo que decirte lo que sí podemos encontrar ahí dentro...

—¿Chicas guapas embalsamadas? —sonrió el piloto.

—Mira... Hay un tipo, que fue el que preparó el sabotaje en el hangar. Luego, dos tipos más, que tenían pistolas, y que seguramente son los que mataron a Jeffers y fueron luego a por Harrow, para asegurarse el silencio de ambos al ver que yo seguía vivo. Y luego, están los dos pilotos que escaparon. En total, no menos de cinco hombres, que pueden estar ahí dentro, armados.

—Solamente tres —corrigió Roberts—: los pilotos debieron comprender que se les iba a sacrificar y no creo que en estos momentos sientan mucha amistad por sus jefes. Y una de dos: o se han largado de Tampa a todo vuelo, o han ido a pedirles cuentas a sus jefes...

No creo que estén ahí.

—De acuerdo. De todos modos, esos tres tipos que pueden estar armados...

—Oye —masculló Roberts—: ¿tú tienes miedo?

—No.

—Pues yo tampoco, ¡maldita sea la grulla del campanario de mi

pueblo! ¿Qué estamos esperando?

—*Okay*, vamos allá.

Salieron del coche, y regresaron hacia el almacén.

En efecto, por debajo de la gran puerta, se veía luz.

Y también por las juntas de la puerta más pequeña, practicada en la grande de doble hoja. Kent aplicó el oído a la madera, pero no oyó nada. Miró a Roberts, y movió negativamente la cabeza.

—Quizá podríamos entrar por una ventana —susurró Roberts.

—Vamos a echar un vistazo, cada uno por un lado.

Se reunieron delante de la puerta un minuto más tarde, y ambos negaron con un gesto.

O por la puerta, o no entraban. Kent Samish apretó los labios y llamó en la madera con los nudillos.

A los pocos segundos oyeron la voz, al otro lado:

—¿Quién es?

—Te traemos un recado del señor Alcott —dijo Kent.

Al otro lado se oyó un sonido metálico. Luego, abrió y ante ellos apareció un tipo alto, fuerte, de gesto malhumorado, que los miró hoscamente. Parpadeó al ver las cazadoras de piel de ambos hombres, y refunfuñó:

—¿Sois los pilotos de la Flying Eastern?

—En efecto —dijo Kent—. Déjanos pasar.

El hombre se apartó y los dos entraron en el almacén, mirando a todos lados.

—¿Estás solo? —preguntó Roberts.

—Sí, claro.

—Pues, chico, qué mala suerte tienes tú.

El sujeto se sorprendió, abrió la boca para hacer una pregunta... y Nick Roberts se la cerró de un gancho escalofriante que lo despegó del suelo y lo tiró de espaldas como muerto, con los ojos en blanco.

Nick Roberts sacudió la mano, y luego la cobijó en un sobaco, mascullando:

—¡Caracoles, qué cara más dura tiene este tipo!

—Vamos a echar un vistazo... Seguramente, hay una oficina o algo parecido en este lugar. Mira si encuentras los interruptores; tienen que haber más luces aquí.

Fue facilísimo encontrar los interruptores, y Roberts los accionó,

de modo que el almacén quedó completamente iluminado. No era muy grande, pero, en efecto, al fondo, en el ángulo derecho, habían unos tabiques en uno de los cuales se había practicado una ventana muy pequeña.

En el otro ángulo se veían diez o doce cajas de madera, cuyo volumen era algo más grande que el de un ataúd. Estaban colocadas verticalmente, y se veían inscripciones en negro en lo que debía de ser la tapa. Nick Roberts las señaló.

—La verdad, no me sorprendería nada que ahí dentro hubiesen chicas embalsamadas.

—No diga tonterías.

—O quizá narcotizadas. O algo así.

Kent se quedó mirándolo, dubitativo. Le parecía demasiado fantástico, desde luego, pero era una posibilidad.

—Bueno, vamos a echarles un vistazo. Al fin y al cabo, son cajas que debía transportar la Flying Eastern... Veamos qué contienen. Luego echaremos un vistazo al despacho.

Cerca de las cajas, en el suelo, encontraron un par de martillos, clavos, pintura, falsillas para las letras, palanquetas de hierro... Tomaron una cada uno y se acercaron a las cajas, en las cuales se leía: «Caribe Tourism-Flaggery Agency».

—Vamos con ello —dijo Roberts.

Comenzaron a arrancar las tablas de la tapa, introduciendo los finos y curvados extremos de las palanquetas. El primero en terminar fue Kent. Se quedó mirando desconcertado los vestidos femeninos cuidadosamente colocados, colgados de la parte superior. Metió una mano entre ellos, y los apartó. Pero no había nada más allá. Vestidos, eso era todo.

Justo en el momento en que miraba hacia Roberts, la última tabla de la caja elegida por éste, caía hacia él... empujada por un peso considerable. Tan considerable que cayendo sobre el rostro y pecho de Nick Roberts lo derribó de espaldas... mientras Kent Samish, petrificado de asombro, miraba aquel cuerpo humano que, saliendo de la caja, caía sobre su amigo.

Roberts lanzó una exclamación, se colocó de lado, en el suelo, para comenzar a incorporarse, y se encontró prácticamente abrazado al cadáver que le había caído encima.

—¡Kent! —aulló.

Inmediatamente, se puso en pie de un salto y volvió la cabeza hacia Kent, que reaccionó entonces. Sin hacer caso a la expresión de sobresalto de Roberts, se arrodilló en seguida a su lado, y los dos se quedaron mirando el rostro del muerto. Roberts lo tocó con dos dedos, y retiró la mano vivamente, respingando:

—¡Demonios, qué frío está...!

Kent Samish contemplaba atentamente aquel rostro grueso, de facciones correctas, agradables. Calculó que aquel hombre tenía... o había tenido, mejor dicho, unos cincuenta años. Vestía con elegancia, buenas ropas, buen corte.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿No o sí?

—Pues me parece familiar esa cara, pero no consigo recordar. Juraría que lo he visto antes, desde luego, pero no sé...

Kent señaló el pecho del cadáver, donde se veía una oscura costra de sangre seca.

—Lo mataron a balazos, según parece.

—Y se lo querían llevar al Caribe. —Roberts estaba atónito—. ¿Para qué?

—Ni idea. Esto complica las cosas... Vamos a mirar en las demás cajas.

Las abrieron todas, rápidamente, pero no había más cadáveres. Sólo vestidos, algunos de ellos realmente exóticos, como si perteneciesen a actores o componentes de una orquesta...

—El vigilante debe de saber algo —dijo Roberts—. Ya verás cómo nos lo dice.

—Debe de tener una pistola. Antes que nada, quítasela. Yo voy a echar un vistazo al despacho.

—*Okay*.

En el despacho, Kent Samish no encontró nada que aclarase el asunto del cadáver, ni la dirección donde encontrar a Flagger, ni nada de nada. Papeles viejos y sucios, y muy pocos, que hacían referencia a piezas mecánicas...

—¡Hey, Kent! —Oyó la llamada de Roberts—. ¡El niño ha despertado!

Kent salió de la polvorienta oficina y se reunió con Nick y el sujeto que estaba sentado en el suelo, bajo la amenaza de su propia

pistola, ahora en la diestra de Roberts, que en la izquierda seguía sosteniendo la palanqueta.

—Dice que se llama Barnes. Parece listo, o bien ha comprendido que si no conversa con nosotros le vamos a abrir la calabaza con esto. —Roberts movió la palanqueta.

Kent asintió con la cabeza, mirando al sujeto.

—Venga, Barnes: queremos que vea algo. Hacia las cajas.

Barnes se puso en pie y caminó junto a Kent, llevando detrás al muy atento Nick. Ya antes de llegar junto al cadáver. Barnes lo vio y lanzó una exclamación. Apresuró el paso y quedó verdaderamente pasmado al llegar junto al cadáver.

—¿Quién es? —preguntó Kent.

Barnes volvió el rostro hacia él. Estaba atónito y asustado a la vez, muy abiertos los ojos.

—El señor Flaggery —tartamudeó.

—¿El señor Flaggery? —exclamó Kent—. ¿Orville Flaggery?

—Sí... Sí, sí, claro...

—¡Atiza! —se expresó Roberts.

—Pero esto no tiene sentido —murmuró Kent—. ¿Cuándo trajeron estas cajas aquí?

—Esta tarde.

—Yo no entiendo nada otra vez —aseguró Nick.

Kent movió la cabeza. El tampoco entendía nada. Realmente, aquello no tenía el menor sentido. Orville Flaggery era el jefe de todo aquel grupo de canallas... Y ahora lo encontraban muerto en una caja, metido entre algunos vestidos...

Miró de pronto a Barnes.

—¿Dónde vive Edgar Alcott? —preguntó.

—Y piensa bien lo que contestas, hermano —reforzó Roberts la pregunta— o te veo dentro de una de esas cajas con la cabeza hecha papilla.

—Está... está en el Manatee Hotel, en la cabaña número nueve... Es un motel de lujo que...

—Conozco el sitio —cortó Kent—. Y es de lujo, desde luego. Son cabañas muy grandes, con todas las comodidades que uno pueda exigir. ¿Alcott vive siempre ahí?

—Cuando está en Tampa, sí. Tiene casa propia en Miami.

—Ya. Y ahora está en Tampa, ¿no es así?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Nick busca unas cuerdas. Vamos a empaquetar a este sujeto para que la policía lo recoja cuando llegue, avisada por Trudy. Por cierto —miró su reloj— que será mejor que nos apresuremos si no queremos que la policía nos encuentre aquí. Tenemos que ir antes a ver a Alcott: es el único que queda.

—Verás qué pronto arreglo yo esto —aseguró Nick.

Dio un paso, acercándose a Barnes por detrás, y antes de que éste pudiese reaccionar, le golpeó en la cabeza con la palanqueta, derribándolo fulminado. Kent lanzó una exclamación y se apresuró a arrodillarse, tomándole el pulso.

—Eres un bruto —masculló—: has podido matarlo.

—Tiene la cabeza muy dura. Además, no se habría perdido gran cosa.

—Dudo mucho que despierte antes de que llegue la policía —se resignó Kent—. Vamos a ver a Alcott.

CAPÍTULO XIII

En efecto, el Manatee Motel era de lujo y esto se adivinaba apenas entrar en su recinto, lleno de flores, palmeras, amplios estacionamientos, dos piscinas, cuatro pistas de tenis...

—Caracoles —farfulló Roberts—. ¡Nunca había estado aquí y vale la pena!

Kent pareció no oírlo. Estaba mirando la numeración de las primeras cabañas, colocadas en ordenada hilera... Si es que se las podía llamar «cabañas», pues más bien parecían chalets, rodeados de pequeños jardines privados. Delante de cada una había un poste con el buzón para la correspondencia. Y en lo alto del poste, el número de la cabaña, pintado con letras negras sobre el cristal delantero del farolito que, al estar encendido, hacía destacar claramente los números. Al ver el siete, Kent detuvo el coche.

—Vamos a dejar el coche aquí —señaló hacia delante—. Aquella cabaña, la segunda, debe de ser el nueve. Mucho cuidado, Nick.

—Ahora, además de la palanqueta, tengo una pistola —replicó el piloto.

Salieron del coche y caminaron hacia la cabaña señalada por Kent, que, en efecto, era la nueva. Se detuvieron delante del farolito, mirando hacia la cabaña, expectantes.

—Hay luz —señaló Roberts el gran ventanal.

—Dame esa pistola —tendió Kent la mano—: yo la manejaré más adecuadamente que tú, si llega el caso.

—Me las arreglaré con la palanqueta... Estoy impaciente por comprobar si ese Alcott tiene la cabeza más dura que el hierro. Y si no es así, le voy a romper las piernas y los brazos... ¡Yo le enseñaré a asesinar al mejor tipo que he conocido nunca!

Kent apretó los labios y comenzó a caminar hacia el porche.

Llegaron allí y se disponía a tocar el timbre, cuando a su derecha oyeron una voz que a Kent le resultó vagamente familiar:

—Les estamos apuntando —dijo la voz—. Hay tres pistolas apuntando a sus cabezas, así que piensen lo que les conviene.

Kent y Nick habían quedado inmóviles. De alguna parte llegaba música, muy lejana, amortiguada... Oyeron los pasos en el porche, y de nuevo aquella voz, ahora tras de ellos:

—No se muevan. Y vosotros, venid: que se convengan de que esto no es una broma.

Oyeron más pisadas, y aparecieron dos hombres más, que quedaron uno a cada lado, frente a ellos, de espaldas a la casa... Kent identificó en seguida a los dos hombres. Uno de ellos era el que había tenido un encuentro con él en el hangar de la Flying Eastern; tenía la nariz hinchadísima, y sobre su pómulo izquierdo se veía un gran trozo de esparadrapo. El otro era uno de los hombres que habían ido a la casa de Malcom Harrow, a los que había eludido echándoles el coche encima... Y el que estaba tras ellos debía de ser el otro, el compañero del que veía...

Les quitaron la pistola y la palanqueta, y el sujeto de la nariz hinchada llamó entonces a la puerta, que se abrió inmediatamente.

Edgar Alcott quedó visible, muy sonriente. Fríamente, amenazadoramente sonriente.

—¡Ah, señor Samish...! ¿Qué tal? Pase, pase: le estábamos esperando.

Nick Roberts refunfuñó algo, pero Kent se limitó a apretar los labios. Entraron en la casa. La puerta se cerró tras ellos y Kent, de reojo, vio al hombre que les había desarmado. Cierto: era el compañero del otro asesinado.

—Me parece —rió Alcott— que usted ya conoce a Graves y a Murray. Y a Corbin, por supuesto. Por cierto, que Corbin le guarda mucho rencor, señor Samish: le dejó usted la nariz hecha una pena. En cuanto a Graves y Murray, todavía tienen el susto en el cuerpo: pudo usted haberlos matado si los alcanza con el coche.

—Faltan los dos pilotos —dijo secamente Kent—. ¿Dónde están?

—Mucho me temo que comprendieron el poco valor que tenían para mí, y estoy seguro de que, antes que venir a pedirme cuentas por haberles incluido en el vuelo mortal, han preferido poner tierra de por medio. Mejor para ellos... Naturalmente, han estado ustedes

en el almacén de la calle Treinta y Ocho, ¿no es así?

—Sí. Y tenemos una mala noticia para usted.

—¿Una mala noticia? ¿De veras? ¿De qué se trata?

—Se han cargado a su socio —dijo Roberts—. Encontramos a Flaggery muerto, metido en una caja. ¿Qué le parece eso?

—Me parece muy natural, puesto que fui yo quien lo metió en esa caja.

—¿Usted? —se desconcertó Roberts—. Pero...

—No se caliente la cabeza, piloto —sonrió Alcott—. Yo mismo se lo explicaré todo... si tenemos tiempo. Y eso lo sabremos muy muy pronto: ¿qué ha pasado con Barnes?

—¿El tipo del almacén? Está allí.

—¿Muerto?

—No. Sólo tiene abierta la cabeza.

Edgar Alcott frunció el ceño.

—Eso nos da muy poco tiempo, me temo —susurró—. Porque en cuanto la policía llegue allí, se las arreglarán para que recobre el conocimiento y les facilite esta dirección.

—Exacto.

—Lo siento por ustedes —movió la cabeza Alcott—. Pasen al *living*: tendremos que arreglar esto del modo más rápido posible.

Edgar Alcott dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta de la izquierda. Tras él, entraron en el *living* Kent y Nick, siempre bajo la amenaza de las armas de los tres hombres de Alcott.

Y apenas poner los pies en el *living*, los dos pilotos quedaron lívidos, como clavados al suelo. Tan lívidos, que bruscamente parecieron un par de cadáveres colocados de pie.

Desde el sillón que ocupaba, Malcom Harrow, el hombrecillo que había ambicionado siempre la presidencia de la Flying Eastern, los miraba fijamente a los dos, con expresión rezumante de odio.

—Volvemos a vernos, Kent —saludó irónicamente.

—Harrow... ¿Cómo está usted aquí?

—Fue muy fácil. Jamás debiste dejarme al cuidado de una mujer, muchacho... La engañé, le quité la pistola, la maté y vine a prevenir a ¡Heeeeeeeh...!

Harrow lanzó el alarido de espanto viendo a Kent abalanzarse hacia él como una fiera. Y mientras gritaba, saltó del sillón con tal precipitación, que cayó de rodillas al suelo y seguidamente de

bruces. Pero consiguió esquivar la acometida de Kent, el cual se revolvió en el sillón que había encontrado vacío... y recibió en plena boca el rabioso puñetazo disparado por el rencoroso Corbin, cuya nariz debía estar clamándole venganza.

Mientras Kent volvía a caer en el sillón debido al puñetazo que hizo sangrar su boca, Nick Roberts pareció volverse loco, saltando hacia Edgar Alcott, aullando, blandiendo sus fuertes brazos...

Tampoco tuvo suerte.

Murray se le acercó velozmente por detrás, blandiendo la palanqueta que le había quitado y Roberts tuvo ocasión de comprobar que un hierro es siempre más duro que cualquier cabeza humana. Recibió el tremendo trastazo, se estremeció, su grito se cortó, y cayó como muerto, de bruces, cerca del vociferante Harrow, que exigía que matasen a Kent a grito pelado:

—¡Matadlo, matadlo, matadlo...!

La última orden no la pudo pronunciar muy bien, porque Kent saltó hacia él, rebotando en el sillón, y le incrustó la punta de su pie derecho en plena boca, revoleándolo sin que dejase de chillar, manchando de sangre la alfombra...

Simultáneamente, Corbin volvía a la carga contra Kent, pero esta vez ya no tuvo ventaja alguna. Tras el puntapié a Harrow, Kent giró velozmente, detuvo el golpe con el antebrazo izquierdo, y simultáneamente subió su rodilla, ferozmente, hundiéndola entre las ingles de Corbin.

Golpe por golpe.

Como horas antes le ocurriera a Kent en el hangar, Corbin encajó lógicamente muy mal el impacto en tan delicado lugar anatómico, palideció, su rostro se desencajó, y se fue de bruces al suelo, gimiendo...

Mientras Kent flexionaba la cintura, esquivando el golpe de palanqueta que le lanzaba Murray, el cual, llevado por el impulso, fue a caer de pecho sobre la espalda y hombros de Kent.

La reacción de éste fue por completo lógica: se enderezó con fuerza, y Murray salió volando, lanzado por los fuertes hombros de Kent.

—¡Eeeeeeeh...!

El grito de Murray cesó cuando cayó de cabeza sobre una mesita en la que habían botellas y vasos, y que cedió bajo el peso, de modo

que Murray llegó al suelo entre cristales y *whisky*, volviendo a gritar al clavarse algunos de los primeros.

Y cuando Kent se disponía a encararse con Graves, éste le llegó por detrás y le golpeó con la pistola en los riñones. Kent Samish quedó crispado, encogido, emitiendo un ronco gemido... que aumentó de tono cuando Graves volvió a golpearle en el mismo sitio.

Y todavía con el gemido de dolor temblando en sus labios, Kent Samish cayó de cara sobre la alfombra. Ni siquiera había llegado realmente a caer, cuando ya Harrow se abalanzaba hacia él, escupiendo sangre, desorbitados los ojos por el odio, y comenzó a golpearle con los pies en los costados, en la cara, en el cuello...

—¡Te voy a matar! —chillaba—. ¡Te voy a matar, a matar...!

Edgar Alcott se acercó y lo apartó de un manotazo.

—¡Ya basta, Harrow!

—¡Tengo que matarlo, tengo que mat...!

—¡Todavía no! Su presencia aquí, en cierto modo, es providencial para nosotros.

Cálmese.

Alcott se guardó la pistola con la que había estado apuntando a Kent por si era inevitable dispararle. Harrow le miraba con los ojos inyectados en sangre, sin comprender.

—¿Su presencia es providencial? —jadeó.

Tendido en el suelo, con la sensación de que estaba flotando sobre nubes de algodón que viajaban muy lentamente y, dando bandazos, Kent Samish escuchaba la conversación. Es decir, la oía, pero no podía, en aquel momento, darse cuenta exacta.

Ante sus ojos, había otra nube, de color gris, casi negro... No sabía ni siquiera dónde estaba ni en qué estado se hallaba. Solamente sabía que no podía moverse, que le dolía todo, y que oía voces... muy lejanas.

—Claro que es providencial. Nos vamos a llevar a estos dos hombres con nosotros, por si la policía nos alcanzase antes de llegar a mi yate. Es decir, antes de salir de las aguas jurisdiccionales. Si nos alcanzan, los utilizaremos como rehenes: sus vidas por las nuestras.

—Si... Comprendo... Pero quizá la policía no venga aquí.

—Vendrán. ¿No ha oído que Barnes quedó vivo? Si Barnes

hubiese muerto, nada podría decirles a la policía, les habrá dicho lo del almacén. Así que la policía irá allá y Barnes no tendrá más remedio que decirles dónde estoy, igual que se lo ha dicho a Samish.

—Entonces... ¡tenemos que marcharnos inmediatamente!

—Bueno... Alguien tendrá que quedarse aquí.

—¿Aquí? ¿Para qué?

La voz de Alcott tardó algunos segundos en llegar a oídos de Kent Samish, que se notaba regresar lentamente de aquel extraño viaje sobre nubes.

—Mire. Harrow, lo que usted le contó a Samish está bien... En realidad, le dijo toda la verdad, excepto una cosa: que el juego andaba entre usted y yo solamente.

—¿Adónde quiere ir a parar? —exclamó Harrow.

—Veamos... Usted fue quien me llamó a mí, porque sabía que yo trabajaba para Flagger en el asunto de las chicas para Sudamérica. Me dijo que Clark Samish podía morir muy pronto, y que puesto que Kent Samish, con toda seguridad, no querría saber nada de oficinas, usted dirigiría la Flying Eastern. Su plan, en principio, era bueno, pero Clark Samish podía tardar en morir, y aunque se retirase simplemente del trabajo activo, siempre sería una molestia a tener en cuenta. No era un tonto, precisamente. Así que, puesto que yo conocía a Jeffers por referencias de Flagger, le fui a ver, después de convenir con usted en que podíamos... mejorar el plan. En efecto, Jeffers, coaccionado por lo que yo sabía de él y que podía costarle muy caro, aceptó. Entonces usted, que había recibido de Clark Samish la confidencia de su enfermedad, le dijo que fuese a ver a Jeffers. Y Jeffers, con el fin de acelerar su muerte, le dijo que no tenía nada en el corazón.

Consecuencia: Clark Samish, engañado, se precipitó hacia la muerte.

—Estamos perdiendo mucho tiempo. ¡Si la policía...!

—Espere un momento todavía. Yo cumplí mi parte, tratando con Jeffers y matando a Flagger para quitarlo de en medio y quedarme con la dirección del negocio. Ya soy el jefe del grupo. Usted también consiguió su presidencia, y esperaba muchos y sustanciosos beneficios. Los dos nos hubiésemos entendido muy bien. Pero... cuando Murray y Graves fueron a verlo, para decirle que ya habían

muerto Jeffers y Flaggery, las cosas se complicaron...

—No por mi culpa. Estaba en manos de Kent, y si hubiese llamado a Graves y Murray, Kent habría comprendido que eran amigos míos y me habría roto el cuello, estoy seguro.

Así que le seguí la corriente. No pude impedir que...

—Eso no tiene importancia ahora. Yo me refería a la complicación que significa el hecho de que Kent Samish comprendiera que usted tenía algo que ver con esto. A partir de ahí, todo salió mal. Es decir, que usted ya no podrá ser presidente de la Flying Eastern, ni yo podré, por tanto, utilizar sus servicios. Lo único que yo puedo hacer ahora es huir de Estados Unidos. Y dígame, Harrow: en estas condiciones... ¿para qué demonios lo quiero a usted?

—¿Qué...?

Plop.

Plop.

Plop.

A cada chasquido de disparo efectuado con silenciador, Kent Samish oía un gemido, cada vez más débil... Luego, el golpe sordo de un cuerpo blando al caer sobre la alfombra, muy cerca de él.

—A Harrow lo dejaremos aquí —oyó—. Pero a estos dos hay que llevarlos al coche.

—Seremos seis —oyó ahora la voz de Corbin.

—Hay sitio suficiente. Tú y yo iremos delante. Tú conducirás... En el asiento de atrás irán Graves y Murray, y bajo sus pies, tendidos en el piso del coche, llevarán a Samish y a este otro. Si alguien intenta impedirnos el paso, amenazaremos con volarles la cabeza.

Pero lo mejor sería que llegásemos sin contratiempos al yate... Venga, cargad con ellos.

Kent Samish abrió un poco los ojos. Había dejado ya de flotar. Desde luego, estaba dolorido, especialmente en los riñones, y en la mandíbula, donde había recibido uno de los puntapiés de Harrow, pero se hallaba plenamente consciente. Lo bastante para comprender que algo tenía que hacer.

Al abrir los ojos, vio, frente a él, como mirándole, a Harrow. Malcom Harrow estaba tendido a su lado. Igual que él, tenía una mejilla apoyada en la alfombra, y también igual que él, tenía los

ojos abiertos... Pero aquellos ojos ya no podían ver nada. Podían parecer dos personas tendidas, contemplándose una a otra... pero, ciertamente, no era así.

Lo habían matado.

Sí, ahora iba comprendiendo lo que había oído... Todo le llegaba con retraso, pero al fin lo iba comprendiendo. Malcom Harrow le había mentado, en muy buena parte. Simplemente, todo había sido tramado por él y por Alcott; cada uno de ellos había querido eliminar a su superior. Y lo habían hecho.

No.

No sintió la menor pena por aquel hombre que parecía mirarle, tan abiertos los ojos, y que ahora dejaba salir por un lado de la boca un delgado hilito de sangre... La menor pena...

—Este tipo pesa como un elefante —oyó.

Ahora lo comprendía todo perfectamente. Estaban alzando a Nick, se lo iban a llevar al coche, le pondrían los pies encima... Al menos, sabía que Nick estaba vivo.

Y de pronto, aquella terrible punzada de dolor que pareció perforarle el corazón, al recordar las palabras de Malcom Harrow: había matado a Trudy...

Kent Samish sintió un nudo en la garganta, y cerró los ojos.

«La culpa es mía —se dijo—. No debí dejarla allí con Harrow. Pero parecía tan asustado, tan inofensivo... Y ella tenía la pistola de Nick. Debió de quitársela, la usó contra ella... La asesinó... Pero toda la culpa es mía sólo mía...».

—Ese tipo está bastante mal. Alcott —oyó la voz—. Se nos va a morir pronto, si no le curamos esa herida de la cabeza, o se hace algo por él, no sé qué.

—No importa. De todos modos, lo tiraríamos al mar en cuanto saliésemos de las aguas jurisdiccionales... Cargad ahora con éste. ¿Y Corbin?

—Está al volante ya.

—Bien. Cargad con Samish. No perdamos más ti...

De pronto, el interior de la cabaña quedó intensamente iluminado, y una voz potente llegó hasta allí, metálica, evidentemente pasando por un megáfono:

—¡Edgar Alcott, le habla la policía! ¡Salga de ahí con las manos en alto y desarmado!

¡Le damos...!

La voz quedó interrumpida por el potente estampido de un rifle, y algo chocó contra la puerta de la cabaña, al mismo tiempo que se oía el agudo grito de agonía.

—¡La policía! —jadeó Graves—. ¡Y han cazado a Corbin! ¡Lo han matado cuando quería entrar...!

—¡Alcott, ya ha caído uno de sus hombres! ¡Salgan los demás antes de cinco segundos!

¡Cinco segundos solamente!

Súbito silencio.

—¡Hemos perdido demasiado tiempo! —gritó destempladamente Graves—. ¡Maldita sea, por culpa de éstos...!

—¿Qué hacemos? —Fue a lo práctico Murray.

—Pensemos —propuso Alcott.

—¡Nos han dado cinco segundos!

—No importa. Tenemos a Samish con nosotros. Ya veremos qué dicen cuando...

—¡Alcott, han pasado los cinco segundos! ¡Tiene tres más para abrir esa puerta!

—¿Qué van a hacer? —Se inquietó histéricamente Murray—. ¡Si empiezan a disparar...!

—Saldremos escudándonos en Samish. Cogedle por los sobacos. ¡Vamos, estúpidos, no podemos hacer otra cosa!

Justo en el momento en que se volvía a oír la voz del policía utilizando el megáfono, Kent Samish era asido por los sobacos y colocado en pie...

Y ya no esperó más.

La ocasión no podía ser más favorable.

Se soltó el brazo derecho, bruscamente, sorprendiendo a Murray, que era quien lo sujetaba, y lo disparó directo hacia la sien derecha de Graves, que estaba a su izquierda...

Graves ni siquiera emitió un gemido. Simplemente, salió disparado hacia atrás, fulminantemente muerto por el certero golpe.

Y antes de que Murray consiguiese reaccionar, Kent Samish se colocaba tras él, pasando su brazo izquierdo por su garganta... en el instante en que Edgar Alcott disparaba su pistola. Murray lanzó un alarido, estremeciéndose violentamente, y Kent lo arrojó con toda su fuerza contra Alcott, que estaba disparando de nuevo. El

encontronazo se produjo al mismo tiempo que el segundo disparo, y de nuevo se estremeció Murray, que se abrazó frenéticamente a Alcott con tal fuerza y violencia, que ambos rodaron por el suelo, siempre Murray abrazando frenéticamente a Alcott, que, para quitárselo de encima, volvió a dispararle al vientre. Otro chillido de Murray, una maldición de Alcott, que disparó todavía una vez... Cualquier cosa para quitarse de encima a aquel idiota, y hacer frente a Kent Samish, para dominarlo y utilizarlo como protección para escapar.

Ahora que estaba solo, aún sería más fácil.

Aquel disparo fue ya decisivo. Murray terminó el chillido en un estertor agónico, y rodó por el suelo, apartado de Alcott, que se puso en pie, desorientado, cegado por el intenso resplandor que llegaba de fuera...

Vio a Kent Samish de pie ante él, y alzó la pistola.

—¡Usted y yo vamos a...!

Plop.

Edgar Alcott se estremeció, como bajo los efectos de un inesperado y fortísimo latigazo, y la pistola saltó de su mano. Sus ojos se fijaron en Kent Samish, que todavía le apuntaba con la pistola que le había quitado a Graves... Había un gesto de estupefacción en el rostro de Edgar Alcott. De pronto, sus ojos bizquearon, giró formando una línea en tirabuzón y cayó al suelo.

Justo entonces, uno de los cristales saltaba en pedazos, y la granada de gas lacrimógeno penetraba en la cabaña. Kent la miró, comprendió en seguida y dejando caer la pistola, corrió hacia la puerta.

Apareció en ésta con los brazos en alto y gritando:

—¡Soy Kent Samish! ¡Los demás están muertos!

Varios policías aparecieron ante él, y pasaron rozándole hacia el interior de la cabaña, pero tuvieron que salir, para esperar a que pasasen los efectos de la granada de gas... Un hombre de paisano llegó junto a Kent.

—Soy el teniente Malone —se presentó—. ¿Está bien, señor Samish?

—Yo sí. Pero mi amigo —señaló el coche de Alcott, delante de la cabaña— está ahí dentro gravemente herido en la cabeza. Hay que llevarlo inmediatamente a un hospital.

—De acuerdo. Nos encargaremos de eso. ¿Qué ha pasado?

—Luego, teniente. Primero ocupémonos de Nick... Y habrá que pasar por su apartamento, para... para...

—¿De verdad está bien, señor Samish?

—No —gimió Kent—. Estoy muy mal, teniente. En el apartamento de Nick encontrarán... el cadáver de... de la doctora Donegan...

Malone se quedó mirándolo, estupefacto.

—Debe usted estar bromeando —masculló.

Y se alejó hacia el coche de Alcott, dando órdenes para que Nick fuese sacado de allí... Kent iba junto a él como un sonámbulo... Y debía de estar durmiendo, en efecto.

Durmiendo y soñando, si... Seguro, eso era.

Porque sólo en sueños podía ya ver a Trudy Donegan, saliendo de un coche policial y corriendo hacia él, llamándole.

—¡Kent! ¡Kent...!

El atónito Kent Samish se encontró, de pronto, con la doctora Donegan en los brazos, abrazándose fuertemente a él, y diciendo cosas que no entendía... ¿Qué estaba diciendo?

—... Me sorprendió y cuando me empujó, no pude hacer nada. La pistola fue hacia la puerta del dormitorio, y corrí a recogerla, pero el señor Harrow corrió hacia la puerta del apartamento y salió antes de que pudiese volver a amenazarlo. Se me escapó, Kent, así que decidí no esperar media hora para llamar a la policía, porque temí que si el señor Harrow...

La voz de Malone interrumpió, como en extraña interferencia, las explicaciones de Trudy Donegan:

—Vaya una cabeza dura... Seguro que dentro de tres días está como nuevo... ¡Vaya cabeza!

Eran muchos pensamientos, muchas sensaciones, muchas comprensiones para Kent Samish: comprendía que Nick no iba a morir; comprendía que Trudy estaba viva, y que Harrow le había dicho que la había matado sólo para herirlo, para mortificarlo; comprendía que todo había terminado...

Y comprendía que, desde el primer día que la vio, había estado enamorado de la doctora Donegan.

ESTE ES EL FINAL

La doctora Donegan estaba en bikini, tomando el sol, cuando Kent Samish apareció directamente en el jardín de atrás, con vistas al mar azul, refulgente bajo el sol... Ella alzó la cabeza, le vio y sonrió.

—¿Has visto también esta mañana a Nick? —preguntó.

—Así es. Desde luego, tiene la cabeza más dura que una viga. Y no lo digo sólo por lo del golpe, que ya ni lo recuerda... Le he dicho que le iba a nombrar jefe de vuelos de la compañía y me ha enviado a un sitio muy feo. Lo que él quiere es volar.

—Y tú también, ¿no?

—Pues sí... Sí.

—¿Y quién será presidente de la Flying Eastern?

—Ya encontraré a alguna persona adecuada —aseguró Kent—. En cuanto al médico de la compañía, supongo que tengo la plaza cubierta.

—Si me lo pides con un beso, acepto el empleo de nuevo.

Kent Samish sonrió, se tendió junto a Trudy, la besó a toda máquina... Desde luego, si la aceptación del empleo de médico de la Flying Eastern dependía de aquel beso, la doctora Donegan tendría que estar trabajando toda la vida en dicha compañía...

—¡Santo cielo! —Se apartó al fin—. ¡Un día vas a ahogarme!

—Bueno —encogió Kent los hombros—. Te haría la respiración artificial boca a boca.

Ella rió, y le rodeó el cuello con sus bracitos.

—En cuanto a Nick... —empezó.

—Hay una cosa que todavía no está aclarada —frunció de pronto el ceño Kent—. ¿Quién me enviaría aquella nota en el cementerio? Ya sabes, me refiero al amigo que...

—¡Oh, mira! —le interrumpió ella, soltándose de su cuello y señalando detrás de Kent—. Hay un sobre ahí, Kent.

—¿De veras? —Se volvió éste.

Efectivamente. De veras. Había un sobre en la hierba, muy cerca de ellos. Tan cerca, que podía habersele caído a Kent de un bolsillo, o podía haber estado en la revista que Trudy Donegan había apartado al llegar Kent Samish...

El cual tomó el sobre, lo abrió y sacó la hoja de papel que contenía.

Escrito con la misma letra que la nota que recibiera en el cementerio, es decir, que lo había escrito la misma persona, había otro mensaje para Kent Samish.

Decía:

«KENT SAMISH, SEPA QUE LA DOCTORA DONEGAN ESTA
LOCA POR USTED.

»UN AMIGO«.

Kent alzó la mirada, y miró con gesto preocupado a Trudy:

—Malas noticias —susurró—. Nick ha fallecido.

—¡No dice eso! —respondió ella—. ¡Dice que...!

Se calló, de pronto. Se mordió los labios... Y de pronto, los dos se echaron a reír.

—Solamente podías ser tú quien me envió la primera nota —dijo Kent—, pero supongo que, de momento, preferiste no complicarte demasiado la vida, porque no sabías cómo reaccionaría yo cuando supiese que...

—Este bikini me está dando calor —dijo Trudy.

—¿De veras? —Se pasmó Kent—. Pues es bien pequeño, así que no comprendo...

—Ha estado mucho rato al sol. Creo que voy a cambiármelo por otro.

—Ah... ¿Tienes más?

—Toda una colección. ¿Quieres verlos? ¡Oh, sí, Kent! Entra conmigo en casa y rae los probaré, a ver cuál te gusta más...

Kent Samish tragó saliva.

—Sólo haré eso si me aseguras que, tal como me dices en esa

nota, estás... loca por mí.

Trudy Donegan volvió a abrazarse a su cuello, cerró los ojos y sus dulces labios susurraron:

—Completamente loca... ¿Crees que si no fuese así te dejaría ver cómo me pruebo mis bikinis...?

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...